CUADERNOS historia 16

Los sacerdotes egipcios

Miguel Angel Molinero



136

175 ptas

"MI PEUGEOT 309 ME HA CAMBIADO"

Mi hijo está que no se lo cree. "Que éste no es mi padre, que me lo han cambiado", dice. Y es verdad. Mi Peugeot 309 me ha cambiado. Y es que, vaya cambio. Ahora sí que me apetece salir. Porque ya no hay estrecheces. Ahora hay espacio para todo y para todos. A nuestras anchas. Y en verano, con el aire acondicionado, todos tan frescos. Y los detalles de acabado.



Hasta cerraduras centralizadas con mando a distancia y elevalunas eléctrico. Y la sensación de seguridad que me proporciona su potencia. En fin, que antes salir era un sacrificio. Ahora un placer, para mí y para los míos. O sea, que es otra historia.

PEUGEOT 309
ES OTRA HISTORIA.

HDM



PEUGEOT. FUERZA DINAMICA.

CEPSA Lubricantes recomendados Esso



Escena de ofrendas: la reina Hatshepsut ante la diosa Hathor (en forma de vaca) y el dios Anubis (cabeza de perro), en uno de los relieves del templo erigido por Hatshepsut en Deir el Bahari

Indice

LOS SACERDOTES EGIPCIOS
Por Miguel Angel Molinero
Egiptólogo

Los sacerdotes egipcios

Miguel Angel Molinero
Egiptólogo

PARA un hombre occidental, la religión es un conjunto de creencias relacionadas entre sí, y en armonía con una concepción fundamental de la divinidad. La moral y el culto, incluso cuando se basan en reglas anteriores a la formación del dogma, están a su servicio.

En la religión egipcia los términos están invertidos. Su base no era la creencia en un dios, sino su culto, y en concreto el culto local, homenaje y reconocimiento del dominio de una divinidad sobre la ciudad que le pertenecía. El origen de esta concepción localista de la religión está, como es obvio, en la época en que el valle del Nilo no formaba aún un Estado unificado, y cada tribu sobrevivía por la fuerza de sus hombres y la protección de su dios. Sedentarizadas, el dios se convirtió en el dueño del territorio que poseía su tribu.

Para sus fieles, cada uno de los dioses era el ordenador del cosmos, y su templo, del que había brotado todo lo visible, el centro del universo. Cuando sobrevino la unificación del país, todas estas teologías locales sobrevivieron, aunque subordinadas a la ciudad que en cada momento ostentaba la autoridad política. Convencidos de la importancia de no suprimir nada de su pasado, yuxtaponían creencias viejas y nuevas, incluso si su apariencia las hacía incompatibles. Pero tras este politeísmo incontestable y su pléyade de dioses de cabeza animal, señores de una única ciudad, se deja entrever la creencia generalizada, y que no les parecía contradictoria, de la universalidad y unidad del ser divino, sin nombre, sin forma, y susceptible de revestir cualquier aspecto exterior.

Encerrados en sus templos, los escribas y teólogos tendieron a desarrollar esta idea del dios universal, *el uno único, el alma colectiva,* que mencionan los textos tardíos. Por el contrario, el fervor popular, insatisfecho de este dios abstracto y demasiado lejano para tener un significado en su vida diaria, se fue concentrando paulatinamente en las formas externas de esta divinidad, mucho más accesibles a las oraciones y a la acción de la magia.

La zoolatría era la manifestación externa más llamativa de esta religión. Los dioses nunca fueron comprendidos por los extranjeros que conocieron Egipto. Estos animales eran bastante más que emblemas o símbolos: merecían ser cuidados y adorados, pues eran el receptáculo mismo de las formas buenas o temibles de la potencia divina. Esta creencia era también una pervivencia de la época prehistórica: en cada tribu el dios se encarnaba en una especie protegida por tabú: bóvidos, cordero, perro, gato, mono, león, etcétera. Cuando la organización tribal evolucionó hasta convertirse en establecimientos urbanos sedentarios, los animales se convirtieron en los garantes sobrenaturales de la vida local, y los dioses se representaron con la cabeza del animal en el que se encarnaban.

La función sacerdotal

Nada podía ser más extraño al pensamiento egipcio que la idea moderna de una separación posible de la Iglesia y el Estado. La religión egipcia fue por encima de todo una *religión oficial.* Sólo muy tardíamente adquirió rasgos de fenómeno privado e individual, paralelos a su función social y nacional que fue siempre la primordial.

La divinidad, al ordenar el cosmos, había establecido un equilibrio universal que tenía que ser conservado. Los cambios no eran posibles, pues no estaban previstos en el plan divino. El mantenimiento de esta armonía no podía hacerse más que a dos niveles, cuyo garante era el faraón: primero, asegurarse la actividad divina en el mundo, para lo que el rey era responsable de los cultos; segundo, conservar los elementos terrenales según el plan definido, para lo que el rey ejerce sus funciones legislativa y judicial. Así, al menos en teoría, el faraón es quien realiza todos los actos culturales en el país, razón por la que él es el único oficiante que figura en los relieves de los templos. Pero es evidente que se trata de una simple ficción. Heredero de las atribuciones de los jefes de clan prehistóricos, el rey no puede ser como ellos capitán de las tropas, administrador de los bienes estatales y pontífice al mismo tiempo. En la práctica delegaba sus poderes en diferentes especialistas que se ocupaban de cada tarea en su lugar.

Pílono del templo de Luxor rodeado de construcciones árabes, antes de su excavación (arriba). *Gran pórtico del templo de Philae* (abajo). *Dibujos realizados por el pintor David Roberts entre los meses de noviembre y diciembre de 1838*

Los sacerdotes se encargaban de la labor espiritual de asegurar el culto a los dioses. Pero nunca fueron, como en el cristianismo, los depositarios de una verdad revelada por Dios. En tanto que sustitutos del rey, tienen el papel preciso de conservar la integridad de la presencia divina en la tierra y de sus manifestaciones visibles en los templos. El mantenimiento del universo en la forma en que los dioses lo han creado tiene además una clara consecuencia social: el conservadurismo absoluto del clero egipcio.

Exigencias rituales del sacerdocio

El templo no era el lugar donde los fieles iban a rezar a su dios o a participar en la celebración de un rito sagrado. El pueblo no fue jamás admitido en su interior. Desde la entrada, una serie de salas oscuras cerradas con techos que bajan y suelos que ascienden en cada nueva sala conducen al santuario. Este empequeñecimiento del espacio creaba una aprensión creciente en los escasos visitantes que se acercaban a la capilla, siempre cerrada, en que reposaba la estatua divina. El templo egipcio era el lugar en que el dios poseía una imagen en la que cada mañana un poco de su cuerpo inmaterial consentía en *encarnarse*. Esta efigie tenía que ser vestida, adornada y alimentada todos los días. Aquellos que lo hacían, debían cumplir determinadas condiciones elementales de pureza física. Era la única exigencia absoluta, pues el sacerdocio no implicaba un compromiso moral espacial ni una formación técnica determinada.

Todo sacerdote debía realizar abluciones dos veces durante el día y dos por la noche con agua fría en los lagos sagrados que había en todos los templos, o en el estanque que los sustituía. El agua, el elemento inicial de la vida en la cosmogonía egipcia, renovaba sus energías vitales y los limpiaba de toda posible mancha.

Antes de entrar en el santuario tenían que purificar su boca con un poco de natrón (1) diluido en agua.

Debían despojar su cuerpo de todo vello, cabello, e incluso cejas y pestañas, lo que hacían cada dos días.

La circuncisión era obligatoria.

Parece que tenían que ser parcos en la mesa. Los viajeros grecorromanos nos informan que los sacerdotes tenían que abstenerse de casi todo: de los animales sacrificados había que evitar cabeza, pies y patas delanteras; no comían vaca, cerdo, oveja, paloma, pelícano, ningún pez, legumbres, habas, ajo, el vino sólo en pequeñas dosis y nada de sal en absoluto. Y los ayunos periódicos los privaban incluso de los pocos alimentos que les estaban permitidos. Pero ésta debe ser una interpretación errónea de los viajeros clásicos. Cada uno de los animales o de las legumbres estaba proscrito en una región de Egipto, pero no todo al mismo tiempo. Había dioses que sentían horror por determinado animal o planta como consecuencia de alguna desgraciada aventura mitológica, y aquel se prohibía en el templo y la provincia del dios en cuestión, pero no en los demás.

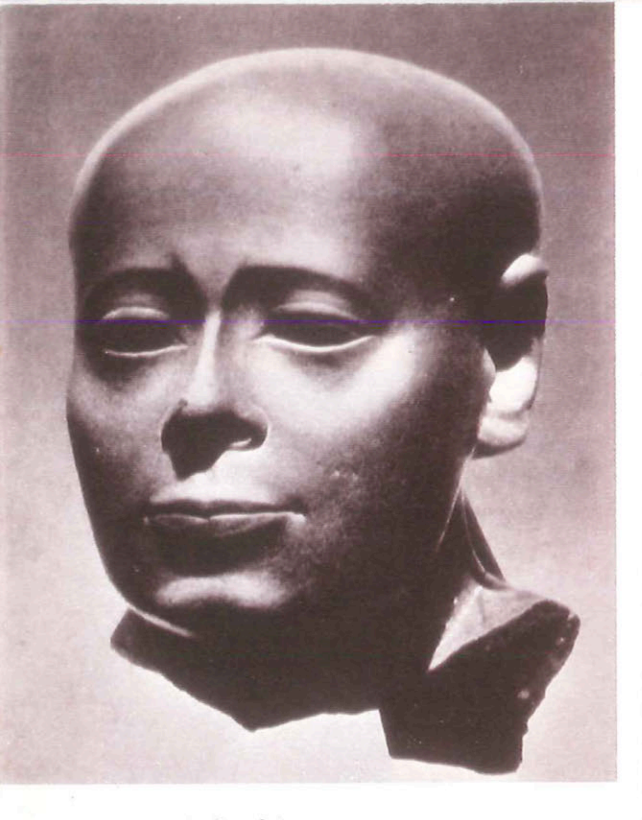
La abstinencia sexual era otra de sus obligaciones durante su período de permanencia en el templo. Los sacerdotes podían casarse, su función no los condenaba al celibato, pero antes de acceder al templo debían purificarse de todo contacto femenino por una abstinencia de varios días.

Algunos tejidos les estaban vedados, sobre todo la lana: las fuertes multas a los que la usaban atestiguan el carácter imperativo de la prohibición. Sus vestidos debían ser de lino fino, y el corte, muy arcaico, siempre fue el mismo. Sólo algunos complementos a esta túnica permitían diferenciar sus funciones: el sacerdote-lector llevaba una banda a través del pecho; el sacerdote-*sem,* una piel de pantera sobre la espalda; el gran sacerdote de Heliópolis, una piel constelada de estrellas; el de Menfis, un collar especial. En cuanto a las sandalias, privilegio religioso en un pueblo que andaba siempre descalzo, debían ser de hojas de palmera y teñidas en blanco, el mismo color que la túnica de lino.

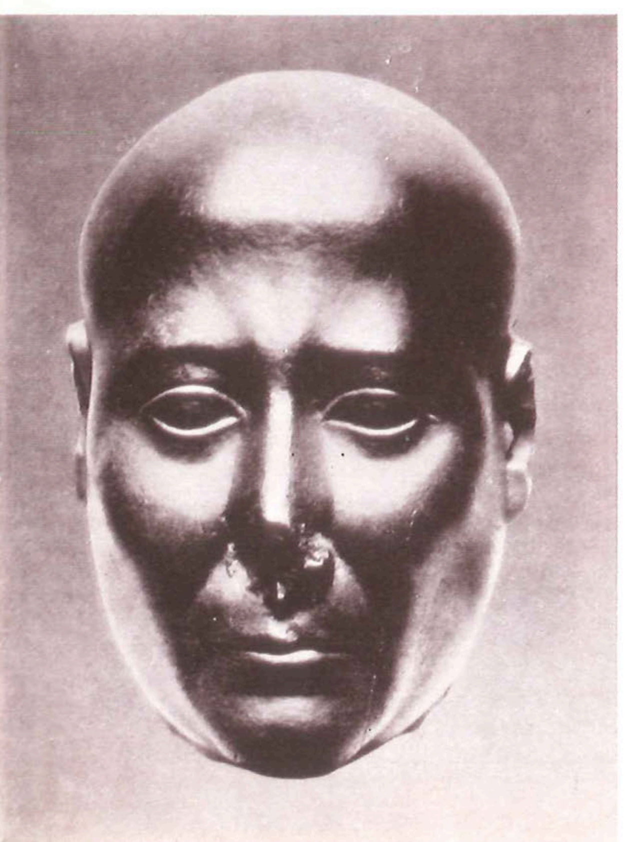
El acceso al sacerdocio

Desconocemos si existía una formación previa anterior a la entrada en el sacerdocio, pero si ésta es cierta no debió ser muy compleja, pues las funciones diarias de un sacerdote no eran complicadas. Sólo un papiro menciona que todo candidato tenía que saber leer los textos religiosos escritos sobre papiro (es decir, en escritura hierática, y no en la jeroglífica), pues en ellos se recogían los rituales que tenían que oficiar esos sacerdotes. Pasar a otros grados del sacerdocio sí debió exigir una cierta formación teológica, pues el alto desarrollo de la ciencia sagrada la hacía necesaria. De cualquier forma, cada templo tendría unas reglas particulares según las características del dios titular.

El cargo producía unos ingresos fijos muy codiciables, por lo que los grupos sacerdota-



Dos cabezas de sacerdotes egipcios que vivieron en época de la XXX dinastía, entre los años 380 y 340 a. C. La de arriba, *en el Brooklyn Museum de Nueva York y* la de abajo, *en el Museo Estatal de Berlín Este*



les intentaron dominar sus vías de acceso como medio de control social.

Ya del Imperio Antiguo se conservan algunos testamentos en los que un sacerdote dispone de su cargo como de un bien propio y lo lega a uno de sus hijos. Desde entonces la costumbre queda establecida con firmeza, aunque nunca fue regla absoluta. En el Imperio Nuevo atestiguar esta filiación era suficiente para reclamar el puesto del padre en el templo, y de la Baja Epoca conocemos estelas de donación en las que se mencionan hasta 17 generaciones de ancestros sacerdotes del mismo dios. Pero ésta no es una característica exclusiva del clero: la conservadora sociedad egipcia usaba este sistema de fijación familiar del oficio como medio de estabilización social.

Por muy *legítima* que pareciera esa *herencia*, siempre subsistió la idea de un favor real, pues el soberano no perdió nunca su derecho a nombrar sus sustitutos en los templos. Pero en la práctica las injerencias reales eran raras, en razón de la multiplicidad considerable de templos y del número de sus sacerdotes. El rey se reservaba el nombramiento de las altas dignidades de los cultos nacionales —Menfis, Karnak, etcétera—. Con él recompensaba la fidelidad de algún viejo eclesiástico cuyos servicios anteriores habían sido apreciables, o modificaba, por razones de política interna, el equilibrio de fuerzas frente a cleros demasiado poderosos cuya ambición quería dominar.

Cuando no se llegaba a cubrir todas las vacantes por este medio, se empleaba el sistema de cooptación: los sacerdotes en activo se reunían en comité y convenían entre ellos el sucesor. Es posible que incluso si el nuevo sacerdote heredaba el cargo de su padre o de otro familiar, tuviera que ser aceptado de todas formas por el consejo.

En la Baja Epoca se hace frecuente la compra de cargos sacerdotales, que ya había aparecido en el Imperio Medio, pero sólo para casos de cierta importancia.

El personal de los templos

Junto a sus funciones religiosas los templos egipcios mantenían una actividad económica de gran importancia, por lo que, además del clero, empleaban un numeroso personal que servía sus necesidades de modo permanente. Bajo Ramsés III un papiro contabiliza más de 81.000 personas al servicio del templo de Amón de Karnak. Su carácter nacional y sus proporciones justifican este elevado número,

que no es representativo de la realidad de los templos egipcios, que debían tener entre 10 y 20 servidores.

Si el templo era grande el personal se jerarquizaba, pero no se puede trazar un cuadro fijo de la pertenencia de unos sacerdotes a un nivel u otro, pues los grupos son flotantes de acuerdo con el carácter del dios titular. Así, por ejemplo, las cantoras son clero bajo en unos santuarios y alto en otros; y algunos cargos, como los administrativos, los lectores, etcétera, eran desempeñados por sacerdotes o laicos según el templo y la época. Los textos egipcios mencionan dos categorías: los *puros,* especie de sacristanes consagrados a las necesidades materiales; y los oficiantes propiamente dichos, los *servidores de dios,* que cumplían las funciones sagradas. En otras ocasiones los textos llaman a éstos *padres divinos,* y son los mismos que los griegos denominaban *profetas.* Sólo ellos pueden acercarse a la estatua del dios y hacerle los cuidados que precise.

Los *servidores* son los únicos sacerdotes de los templos pequeños, en los que tienen que realizar también las tareas inferiores atribuidas a los *puros;* lo contrario sería imposible, pues éstos no pueden actuar sobre la imagen del dios. En su jerarquía propia no tenían nombres especiales, sólo la simple enumeración: *Primer servidor del dios, Segundo servidor del dios,* etcétera. Sólo en algunos templos tenían un título honorífico posiblemente anterior a la institución faraónica; así en Heliópolis había un *Grande de los Videntes de Re,* y en Hermópolis un *Grande de los Cinco de la Casa de Thot.*

Karnak, como es lógico, presenta la división y jerarquización más amplia. Hay hasta cinco grados de *servidores,* que por mimetismo se extendieron a otros templos donde una jerarquía tan desarrollada no era en realidad necesaria. La ascensión no implicaba el paso por cada uno de estos grados: una vez que se era *servidor* podía llegarse de una sola vez al cargo más alto.

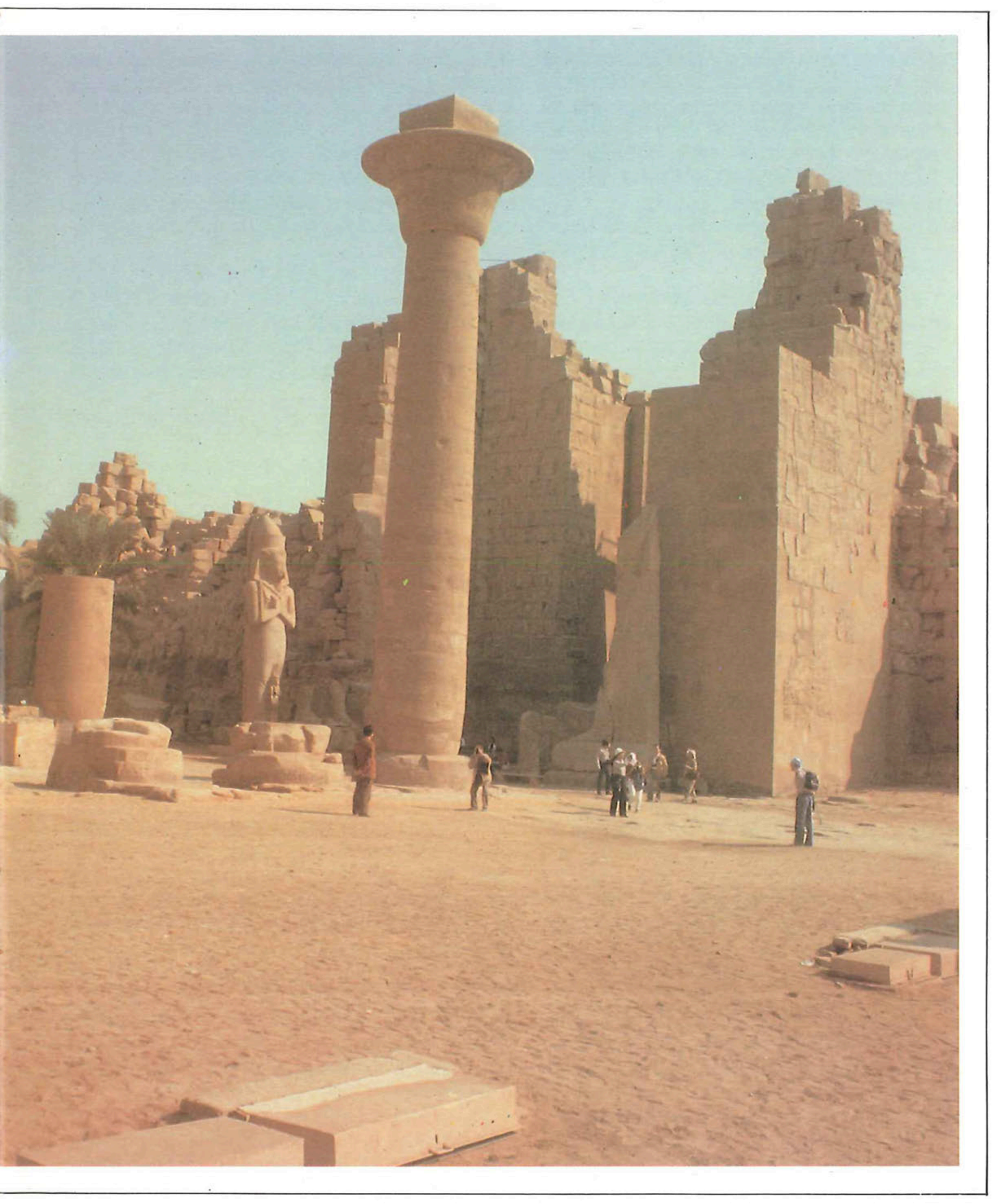
La figura del *Primer servidor del dios* o *Primer profeta* estaba ligada al papel de su dios en el Estado. Así el de Heliópolis fue sin duda el hombre más influyente de la corte de Menfis en el Imperio Antiguo, igual que el de Amón de Karnak lo fue en épocas posteriores. Como sus funciones eran tan políticas y sociales como religiosas, su elección era hecha por el mismo rey para los templos más importantes, lo que le permitía hacer ascender hombres nuevos, fieles a su persona, y resistir las exigencias de cleros demasiado potentes como el de Karnak. Se acostumbraba confirmar después esta nominación por un oráculo del dios, que no era en definitiva más que una comedia, pues el clero local no podía oponerse a una elección del rey. En la ceremonia de entronización el nuevo pontífice recibía dos anillos de oro, que le servían de sello, y un bastón simbólico, al tiempo que el faraón le decía: *Tú eres el gran sacerdote*



Primer patio del templo de Amón en Karnak. Este complejo religioso, que comprende docenas de templos dedicados a numerosos dioses del panteón egipcio, fue el más importante y rico del país y llegó a contar con 81.000 personas a su servicio en tiempos de Ramsés III

de..., sus tesoros y sus guerreros están colocados bajo tu sello. Tú eres el jefe de su templo. La *casa* del gran sacerdote era particularmente importante, con chambelán, mayordomo, jefe de la casa, guardián de cámara, secretario de correspondencia, secretario de mesa, escribas y criados inferiores.

El *Segundo profeta* era único en su cargo. Reemplazaba en ocasiones a su superior cuando éste estaba absorbido por sus tareas políticas o el cargo estaba vacante. Controlaba los bienes *temporales* del dios: talleres, campos de siembra, recepción de tributos y donaciones, etcétera. A su servicio estaban



los escribas de la administración del templo.

Todo templo necesitaba una serie de especialistas que se repartían (en general) entre los demás grados de *servidores del dios:*

● Estolistas. Son los que cada día lavan, visten y adornan las estatuas divinas, y conservan en las salas apropiadas del templo joyas, vestidos y objetos de culto. No tienen designación propia en los textos jeroglíficos, lo que indica lo indefinido de sus actividades. En el Imperio Medio se habla de un *shendyenti, el del paño,* pero en documentos posteriores se recurre a toda una definición para mencionarlos: *aquellos encargados de la limpieza del dios, que entran en el santuario para adornar con sus telas a los dioses.*

● Sabios e intelectuales de la Casa de la Vida. Redactaban los libros litúrgicos necesarios al culto.

● Los sacerdotes-lectores comparten con los anteriores su fama universal y su popularidad en el país. Estaban encargados de asegurar la correcta ejecución de los rituales para los dioses y en los ritos funerarios realizaban las ceremonias benéficas para los espíritus bienaventurados, de acuerdo con sus libros secretos. Se adornaban con dos grandes plumas cuando oficiaban. También se ocupaban de la medicina, y en estos casos no tenían que ser necesariamente del clero.

● Los sacerdotes horarios eran los astrónomos, encargados de establecer la hora y de precisar, de día y de noche, el momento en que cada acto del culto debía comenzar.

● Sacerdotes horóscopos. Debían conocer el calendario mitológico y explicar cuáles eran los días fastos y nefastos del año, según los acontecimientos de las leyendas divinas que tuvieron lugar ese mismo día en el pasado. La astrología no contaba, no fue practicada nunca por los egipcios. Así, aunque según los cuentos populares las *Siete Hathor,* las hadas madrinas egipcias, visitaban al recién nacido para definir su destino, era el padre quien tenía que desplazarse para saber, por el especialista del calendario, qué presagios dominaban el nacimiento de su hijo.

● Cantores. El culto no era sólo recitado, en diversos momentos intervenían partes moduladas o incluso cantadas, con acompañamiento del arpa, de pasajes de coro y estribillo; por ejemplo, por la mañana, en que el dios era despertado con música. La importancia de su cargo parece haber crecido con el tiempo, y en época ptolemaica se los considera sacerdotes superiores. Su situación social debió correr paralela a un incremento paulatino de las partes cantadas en los rituales, aunque siempre de acuerdo con las viejas tradiciones.

● Los sacerdotes funerarios no tienen en común con los *servidores* más que el carácter religioso de sus funciones y, aunque pertenecen al clero de los dioses del Más Allá —Anubis y Osiris—, son independientes de cualquier santuario, constituyendo un tipo de cofradía profesional. Sólo los sacerdotes-lectores, en virtud de su conocimiento de las escrituras sagradas, podían intervenir en las ceremonias de los dos cleros. Los sacerdotes funerarios leían los capítulos de los rituales, realizaban sobre la estatua del muerto los ritos propiciatorios, y sobre la momia los ritos regeneradores que debían convertirlas en dos cuerpos (el mismo en definitiva) dotados con todas sus antiguas facultades humanas.

Una categoría particular de ellos, los *servidores del ka,* tenía la función de mantener a diario la mesa de ofrendas y el altar de libaciones de las tumbas. Para ello el difunto había dejado alguna fundación piadosa, en general tierras, que permitía a un sacerdote y a su familia vivir y asegurar así el culto funerario del donante.

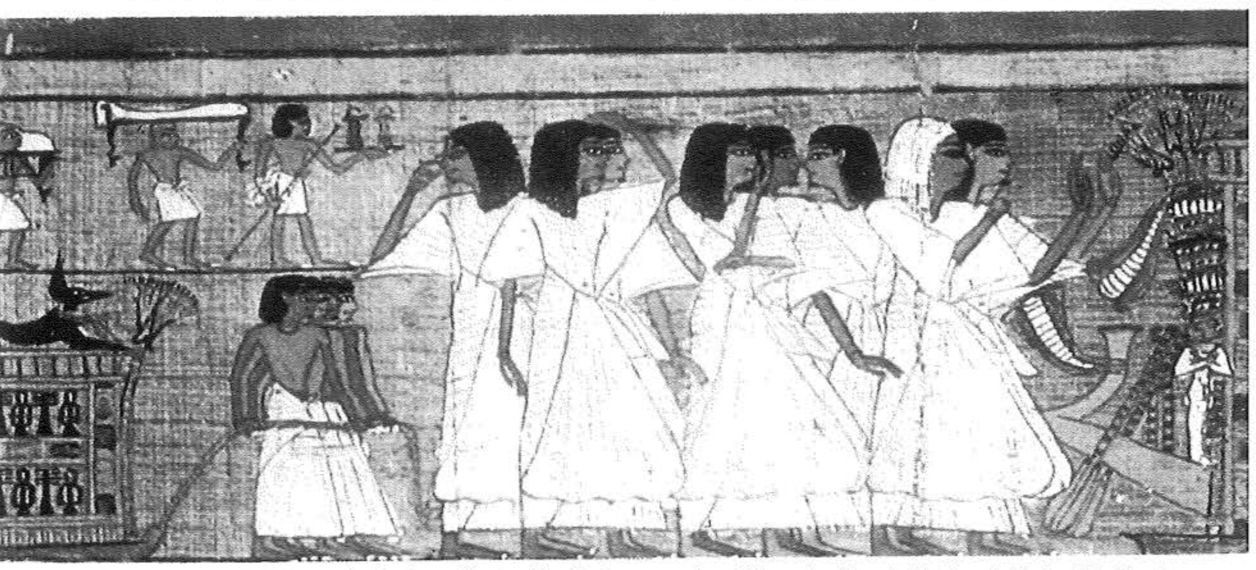
El personal femenino de los templos parece haber gozado de una situación social apreciable. Desde el Imperio Antiguo conocemos mujeres que ejercían el cargo de sacerdotisas de Hathor o de Neith, y también de algún dios, aunque éstas fueron menos frecuentes. Se trataba de damas de la alta sociedad o de hijas de sacerdotes que heredaban la función de su padre. También hay huellas de su presencia, en esta época, en ceremonias funerarias e incluso como supervisoras de estos cultos, pero no volvieron a ejercer estas funciones en épocas posteriores.

En el Imperio Medio está atestiguado el título de *sacerdotisa pura,* como en el clero masculino, pero la profesionalización del sacerdocio fue excluyendo a la mujer, para la que no dejó más que títulos honoríficos, aunque de gran prestigio social. En los relieves de esta época aparece la reina en escenas de ofrenda a los dioses, pero no la muestran como sacerdotisa, sino en virtud de su asimilación de los poderes y prerrogativas de la realeza. En consecuencia, el único papel que se deja a la mujer en los templos en el Imperio Nuevo, es el representativo, para aumentar el boato de las ceremonias.

Las cantoras eran el grupo femenino más cuantioso en los templos. Su función era muy simple: cantar y agitar el sistro (2) en las fiestas y procesiones del dios. Eran laicas y se co-

nocen en muchos santuarios. A partir de la XXII dinastía aparecen las *músicas de Amón* en el templo de Karnak. A diferencia de las cantoras éstas eran sacerdotisas, pero su trabajo era el mismo que el de aquéllas.

El clero femenino de Amón incluía también las *concubinas* o *reclusas*, que formaban el harén del dios. Se reclutaban entre las cantoras y músicas, y eran en general esposas o hijas de los grandes sacerdotes de Amón. Ignoramos qué función desempeñaban, pero al menos una parte de ellas debía residir en el templo de Luxor, a dos kilómetros de Karnak, cuyo nombre era *Harén del Sur de Amón*. Nada permite suponer que constituyesen un colegio de cortesanas sagradas como las de Fenicia o de



Arriba, *grupo de plañideras siguiendo un féretro (detalle de un papiro del Imperio Nuevo)*. Abajo, *el difunto Neb-Qued, seguido de su madre y de su hermana, que toca un sistro (XIX dinastía, Museo del Louvre, París)*

Mesopotamia. Quizá formaban simplemente la escolta o guardia de honor de aquélla que sí se suponía que mantenía relaciones carnales con el dios, la divina adoratriz.

La *mano divina* o *divina adoratriz* reemplazaba sobre la tierra a la diosa Mut, esposa del dios. Naturalmente este cargo estaba reservado a la reina, pues si Amón, encarnada en el faraón, se dignaba unirse con una mortal, ella era la única digna de recibir al dios, y así perpetuar la línea dinástica de los reyes egipcios. Era la superiora de todo el clero femenino de Karnak, que dirigía sin duda durante las ceremonias, agitando ella misma el sistro, cantando para alegrar al dios, y llevando flores. De ella, como de los grandes sacerdotes, dependía un personal numeroso e incluso una parte del tesoro.

El papel de las mujeres como sacerdotisas de cultos funerarios desaparece desde el Primer Período Intermedio, quedando reducidas a simples plañideras. Estas eran la personificación de las diosas Isis y Neftis que lloraban por su hermano muerto, el dios Osiris (en el entierro representado por el mismo muerto), por lo que aun siendo laicas, las plañideras tenían que cumplir las condiciones de pureza física requeridas para el sacerdocio.

El bajo clero, los *puros,* tenían un papel en el culto y en las actividades sagradas muy secundario. Sus funciones eran muy diversas, desde jefes de escribas a portadores de la barca sagrada, encargados del riego y la limpieza del templo, supervisores de pintores y dibujantes o simples artesanos. Los mismos sacrificadores tenían que ser *puros,* pues para degollar a los animales había que cumplir unas normas de simbología mitológica muy estrictas.

Dado que sus cometidos no requerían unos conocimientos o una preparación demasiado complicados, los sacerdotes *puros* no eran permanentes. El número total estaba dividido en cuatro grupos, conocidos con el nombre griego de *filés* —tribus— paralelos en el número y repartición de sus funciones. Cada *filé* aseguraba el servicio religioso durante un mes y tenía un trimestre libre en el que volvía a su vida normal. En época ptolemaica se añadió una quinta *filé,* reduciendo aun más la participación de cada grupo en el mantenimiento de las actividades culturales.

El funcionamiento material de los templos estaba asegurado por un ejército de laicos adscritos a él: campesinos cuya cosecha y ganado estaban destinados a la ofrendas, barqueros para transportarlo al templo, floristas y jardineros, porteros y bedeles que guardaban los lugares sagrados, albañiles y artistas que reparaban, construían y decoraban los edificios, etcétera.

Pero no eran éstos el único personal laico del templo. Alrededor de él pululaban grupos de personas, indirectamente relacionados con su carácter sagrado, que formaban una auténtica *corte de los milagros.* Había malhechores que, aprovechando la seguridad que les ofrecía la inviolabilidad del recinto del templo, realizaban tareas pequeñas a cambio de la subsistencia, enfermos que confiaban la curación de sus males a la cercanía del dios, todo tipo de iluminados que contaban sus historias a cambio de unas monedas, etcétera.

La vida cotidiana en un templo egipcio

Las actividades diarias empezaban muy temprano en un templo egipcio, antes incluso de la salida del sol. El sacerdote horario que había observado el movimiento de las estrellas toda la noche, era el encargado de ir despertando al personal el templo y de señalar el comienzo de cada tarea y rito cultual.

Los primeros en levantarse eran los panaderos y los encargados de los almacenes, que preparaban las ofrendas del día según la lista que les entregaban los escribas. Los contables debían comprobar y anotar con detalle la cantidad y el origen exacto de todas las provisiones.

Los siguientes en aparecer eran los sacerdotes del culto diario. Empezaban por las abluciones en el lago sagrado, purificando su cuerpo y llenándolo de la fuerza regeneratriz del agua. Después entraban en el templo, cada uno en la capilla donde ejercía su oficio, y antes de empezar realizaban nuevas purificaciones con incienso y agua.

Llegaba entonces la procesión de las ofrendas. Los talleres habían acabado con puntualidad y los portadores, con las bandejas cargadas de flores, frutos, panes, carnes, cerveza y vino, entraban guiados por un oficiante. En cada puerta que se abría, y en cada nueva sala, una oración consagraba el lugar por donde pasaba el alimento del dios. Llegados a la sala del altar, en el centro del templo, ante el santuario, los portadores depositaban sus bandejas y se iban. Los sacerdotes, cuando quedaban solos, purificaban y consagraban de

Osiris, dios de los muertos, protegido por la diosa del Alto Egipto, Nekhabit (detalle del Libro de los Muertos, *de Neb-Qued, XIX dinastía, Museo del Louvre, París)*



nuevo las ofrendas con aspersiones de agua, fumigaciones de incienso y nuevas oraciones.

Un sacerdote de alto rango, el único que podía entrar junto al dios, rompía el sello de arcilla que desde la víspera condenaba la entrada del santuario. En la oscuridad completa, repartidos por la sala, estaban la barca sagrada sobre un pedestal, el cofre de madera con los utensilios necesarios al culto y algunos paños y el altar con las ofrendas de la víspera; al fondo estaba el naos, pequeño edificio de granito o basalto donde estaba la estatua del dios. El sacerdote rompía el sello de su doble puerta y la imagen salía de la noche en el mismo momento en que el sol emergía del horizonte y el jefe del coro comenzaba el himno de la mañana: *¡Despiértate, estás en paz!*, y los cantantes lo coreaban de nuevo como estribillo tras cada nuevo verso del solista.

Imponiendo las manos sobre la estatua en el abrazo al dios conocido por los relieves, el sacerdote le *devolvía su alma*. El dios tomaba así posesión de su soporte terrestre para reinar todo el día en su templo, tan presente en el naos como lo estaba en el universo. El sacerdote llenaba de nuevo la bandeja en la sala precedente con algunas de las viandas que se habían traído, representación simbólica del conjunto de ofrendas que se dedicaban al dios.

Los egipcios eran gente práctica, por lo que pasado un tiempo prudencial esos alimentos eran repartidos por los altares de los altos dignatarios que se habían asociado al templo mediante fundaciones piadosas. Cuando éstos, a su vez, se habían satisfecho, las ofrendas divinas eran repartidas entre todo el personal del templo.

Terminado el desayuno divino empezaba el cuidado físico del dios: primero había que lavar la estatua y después vestirla y adornarla. Había un sacerdote especializado en esta función, para la que no servía cualquier tejido: sólo el lino podía ser utilizado, por lo que todo templo contaba con talleres para su fabricación. De hecho, sólo se le cambiaban los vestidos un par de veces por semana, aunque cada día se le ofrecían pequeñas bandas que simbolizaban el ajuar completo, de color blanco, azul, verde y rojo, en este orden. Las joyas también se reservaban para días especiales. Finalmente la frente de la imagen era ungida con aceite perfumado.

Nuevas aspersiones de agua y la presentación al dios de granos de natrón, sal y resina, renovaban la pureza material del santuario y terminaban la ceremonia. El sacerdote colocaba un velo sobre el rostro de la estatua, cerraba con un sello el naos y salía borrando las huellas de sus pasos. Para cada movimiento había una oración precisa, por lo que el ritual de la mañana completo debía de ser bastante largo.

Cuando salían, los sacerdotes tenían casi todo el día libre para sus funciones administrativas, en la Casa de la Vida, etc., pues los dos servicios restantes, los de mediodía y los de la tarde eran mucho menos importantes. La estatua había recibido ya todos los cuidados necesarios, por lo que ni siquiera se abría el santuario. Se hacían simples aspersiones de agua y fumigaciones de incienso en las capillas laterales de los dioses asociados al principal, acompañadas de plegarias, como es natural Se trataba de subrayar, mediante una ceremonia, el instante cósmico en que el sol comenzaba su declive y cuando se ponía.

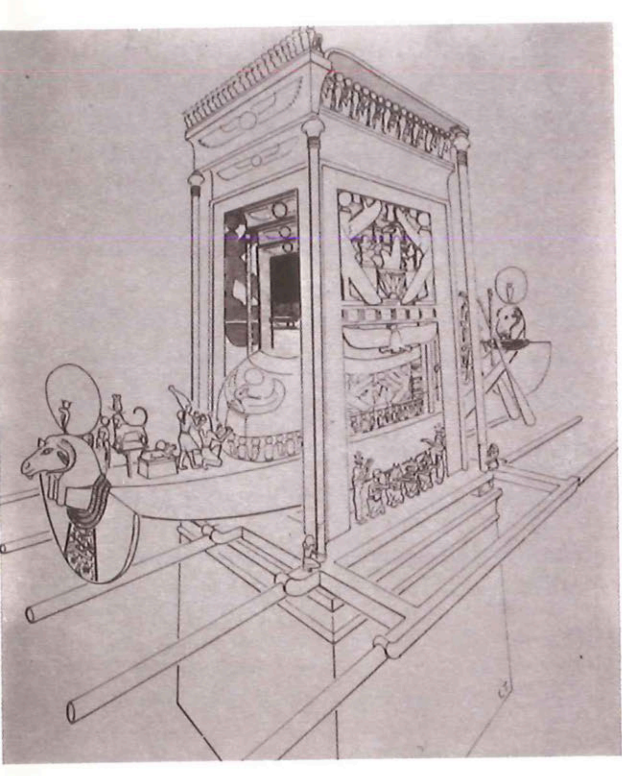
Este ritual diario se cumplía simultáneamente en todo el país, aunque la riqueza de ofrendas y el número de participantes dependía de la importancia del templo. La sincronía con el curso del sol era una forma de conservar en la imagen una parte de la potencia divina visible en la vida y en el movimiento del universo.

El pueblo no participa en nada en estos actos del servicio divino. El fervor colectivo no podía expresarse más que en las ceremonias exteriores de los oficios de fiesta. Estos eran más fastuosos que los normales y se culminaban en una salida, una auténtica procesión por las calles del pueblo.

La estatua se metía en una pequeña naos de madera cubierta con un velo de lino blanco y se colocaba sobre una barca con una cabeza del animal que representaba a la divinidad en proa y popa. Los portadores se turnaban en su transporte, lo que suponía un evidente honor que mejoraba su reputación social. Por delante, un sacerdote *puro* expulsaba con fumigaciones los malos espíritus y por detrás, los cantores eran coreados por todo el pueblo, que en estos días de ofrendas extraordinarias recibía también una parte de los alimentos que se daban al dios. Pero el papel del pueblo quedaba en esto, en manifestar su alegría por la presencia del dios en la calle; todo lo demás era hecho por los sacerdotes.

La Casa de la Vida

Para nosotros esta institución tiene algo de misterioso, tal vez porque sólo la mencionan los viajeros grecorromanos, que no tuvieron acceso a ella o sólo en breves visitas. En cambio, los egipcios la mencionan en sus papiros,



Arriba: *reconstrucción de una barca procesional de Amón (data de la época del reinado de Akhoris, XXIX dinastía, 393-380 a. C.).* Abajo: *procesión de la barca de Amón en la gran fiesta del Valle (templo de Filipo Arrideo, 323-316 a. C.)*

pero sin dar ningún detalle. Sin embargo, esto no tiene nada de extraño: todo egipcio que supiese escribir y leer tenía que haber estudiado allí, por lo que no necesitaba dar detalles; la conocían todos desde su época de estudiantes.

Tenemos datos seguros de su existencia en los grandes templos de Menfis, Abidos, El Amarna, Ajmin, Coptos, Esna y Edfú, pero cualquier templo un poco importante debió de tener la suya.

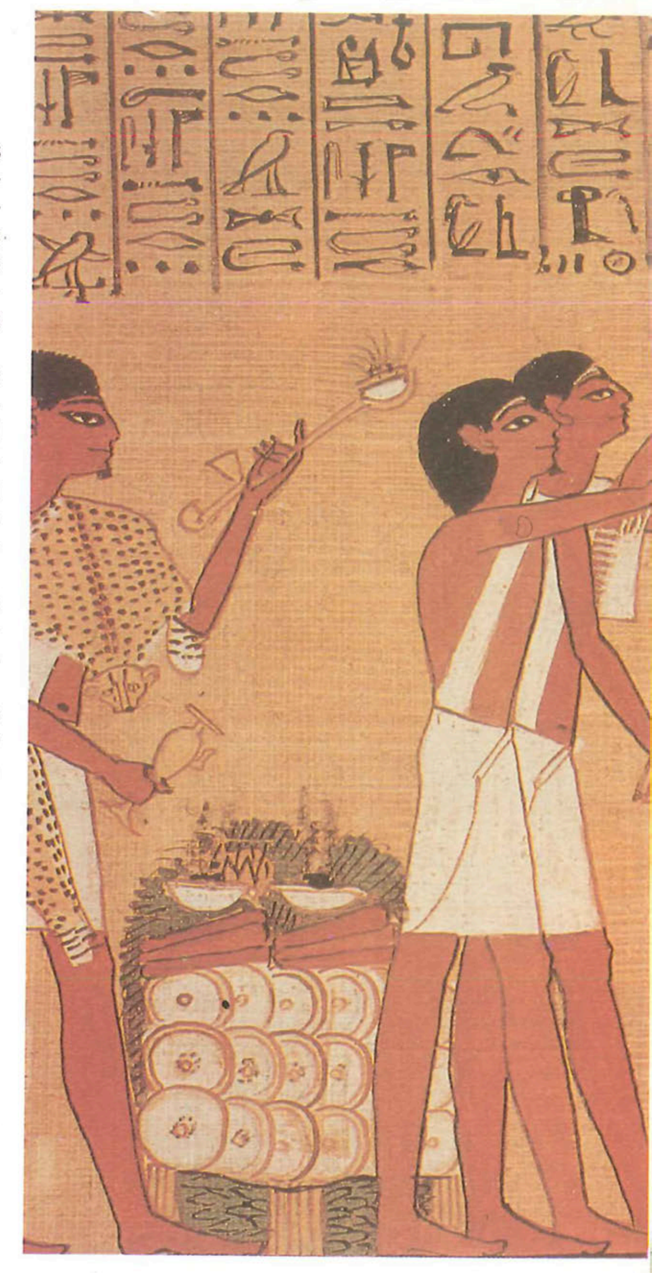
Lo esencial de las actividades de la Casa de la Vida consistía en preparar las obras religiosas necesarias para el culto: recopiar viejos manuscritos, corregir posibles faltas, completar las lagunas y los pasajes roídos por los gusanos, etc. Se elaboraban textos de teología o de liturgia especiales de cada templo, las tablas astronómicas, las fórmulas mágicas de protección; se copiaban centenares de ejemplares del *Libro de los Muertos* que eran vendidos a particulares para ser colocados junto a los difuntos; y se supone que se entablaban discusiones filosófico-religiosas de las que salían las complicadas construcciones mitológicas que explicaban la religión egipcia.

Por las narraciones de los viajeros griegos sabemos cuál era el ambiente en estas instituciones: el carácter secreto de sus discusio-

nes, la negativa a divulgar sus conocimientos a quienes no perteneciesen al círculo de iniciados, el simbolismo y misterio de sus revelaciones entre sí, la fe ilimitada en los textos antiguos, más cercanos al mundo perfecto que creó la divinidad, y por tanto, con una solución más acertada a los problemas que se les planteen.

Estos caracteres condicionaron en todo momento su evolución, muy distinta del camino hacia una ciencia laica que emprendió el mundo griego. En Egipto la ciencia fue creada y desarrollada por hombres que vivían en un universo religioso, y se orientaban siempre hacia la teología o hacia su realización práctica, el ritual.

Los templos conservaban el original de todos los textos de los que se daba una copia a artistas (para la decoración de templos y tumbas), sacerdotes que cumplían el culto diario, etc. El nombre de las bibliotecas era *Casa de los Libros*, y eran salas laterales, pequeñas y oscuras que contenían los rollos de papiro en nichos de los muros. En ellos se inscribía el inventario de los libros sagrados, por lo que podemos conocer su contenido, pues algunos templos lo han conservado (véase en la sección de textos el inventario del templo de Edfú). La variedad de campos en que se ejercía la ciencia sagrada era tan amplia que es necesario suponer la especificación de cada sacerdote en unos temas determinados. Así los egipcios alcanzaron un nivel muy elevado en disciplinas tales como la arquitectura, la geometría, las matemáticas, la astronomía, la geografía, la medicina, la farmacia y la creación humanística: literatura, historia, magia.



*Ceremonia fúnebre para Hunefer. El difunto, protegido por Anubis, es llorado por las plañideras mientras recibe todo tipo de sortilegios y amuletos. El primer personaje a la izquierda es el sacerdote-*sem*, especialista en las ceremonias funerarias*

Clero y sociedad en el Egipto antiguo

La exposición realizada hasta ahora, aun señalando en lo posible a qué momento histórico se refería cada dato, no puede evitar dar una imagen un poco sintética del grupo sacerdotal, tomando elementos de todos los períodos históricos. En este segundo capítulo se van a explicar, siguiendo un orden cronológico, las modificaciones que los tres mil años de la civilización egipcia imprimieron en su clero.

Dos tendencias contrarias se entremezclaron en esta evolución. Por una parte, el enorme conservadurismo egipcio, y sobre todo de su clero, rechazaba cualquier cambio en las normas establecidas; por otra parte, el sacerdocio era una función demasiado civil y abierta a la sociedad para que cualquier modificación en el entramado social no se reflejase también en él, transformando su presencia en la sociedad.

Período de formación

Las religiones primitivas responden a necesidades de dos tipos: individuales (el hombre necesita aplacar los poderes superiores, pre-



sentes en todas partes, cuando se topa con ellos) y comunales (asegurar la continuidad del grupo). Puesto que la suerte de la comunidad dependía de un ser sobrenatural, había que tener un lugar más o menos estable para entrar en contacto con él: de ahí nacieron los lugares de culto.

El santuario más significativo del predinástico egipcio es el de Hieracónpolis. Su muro de cierre en piedra protege un espacio más grande de lo necesario para la simple adoración del dios, lo que puede significar que ya entonces el templo era la residencia permanente de una deidad, en el que había que realizar otras actividades aparte de las del culto. El dios al que está dedicado, Horus *—el Distante,* significa su nombre— no era la divinidad local, lo que atestigua que ya se creía en dioses cósmicos de atribuciones más largas que la protección de la pequeña comunidad. De hecho, en las primeras dinastías, Hieracónpolis cumplió las funciones de santuario nacional, pues en él se depositaron los monumentos que celebraban el éxito político de los reyes. Las mazas ceremoniales allí aparecidas son significativas sólo en el contexto de un culto que fuera ritual y materialmente obligación del rey. La realeza egipcia se mostró a sí misma como un reflejo del orden cósmico de Horus. Pero no hay ninguna indicación de que el culto estatal de Horus o de Re, que ya ha aparecido también por entonces, cumpliese algu-

na función administrativa o económica. Tampoco hay mención alguna de que fuese el rey quien tuviera que mantener los centros de culto locales como sucedió en épocas posteriores, ni que estuviesen bajo supervisión real. Las mismas comunidades son las que tienen que ocuparse de sus instalaciones cultuales, lo que no excluye la posibilidad de que el rey hiciese alguna contribución material. La ausencia de un clero profesional hasta la V dinastía indica que el servicio religioso no podía ser tan complicado como más tarde y que era también tarea de la comunidad celebrar los servicios religiosos, sin un equipo sacerdotal a tiempo completo. Evidentemente estos santuarios carecían de independencia económica por lo que no tuvieron influencia alguna en el desarrollo económico del país.

Bajo la III dinastía los pequeños pueblos, de economía autárquica hasta entonces, desaparecen, siendo reemplazados por dominios reales dirigidos por funcionarios. Los aldeanos se convierten en trabajadores al servicio del Estado y la propiedad privada desaparece en gran medida. Esta es la sociedad que construyó las pirámides del Imperio Antiguo.

Funciones económicas y administrativas

A partir de la IV dinastía los templos empezaron a adquirir funciones económicas y administrativas, como consecuencia de las responsabilidades funerarias de la corona hacia sus servidores más allegados. El rey tenía acordado un porvenir glorioso en el Más Allá; el cuidado y despliegue de recursos que muestran las pirámides así lo prueban. Aquéllos que trabajaron en vida con él no podían dejar de desear compartir su bienaventuranza eterna. Pero ésta dependía de los cuidados físicos que se hiciesen a las estatuas del difunto, y de un servicio diario de ofrendas y rituales que requerían ser sustentados por todo un sistema administrativo y económico. En el caso de pequeños funcionarios bastaba con que un hijo heredase el cargo del padre para que con esos ingresos proveyera la tumba paterna. Pero en el caso de grandes funcionarios esta carga se consideró tarea de la casa real, que tenía que satisfacer sus necesidades funerarias mediante el establecimiento de fundaciones piadosas.

Aunque es posible que esta política se empezase en la III dinastía, las pirámides de sus reyes estaban aisladas respecto a las tumbas de los altos funcionarios, lo que sólo permite especular sobre el aprovisionamiento de éstas desde las construcciones funerarias del monarca. Por el contrario, a partir de la IV dinastía esto es evidente: la edificación de una gran necrópolis de nobles en Giza en torno a las pirámides reales tenía esta finalidad principal. Hay que tener en cuenta que se trataba de un compromiso *para siempre*, y que desde el mismo momento del enterramiento del rey las ofrendas que llegasen a su templo funerario deberían ser redistribuidas a continuación entre los altares de sus dignatarios. Esto quiere decir que a cada rey muerto la corona perdía una porción de sus posesiones, que quedaba para el aprovisionamiento de esta pirámide. Además cada generación que moría necesitaba un nuevo contingente de sacerdotes que se ocupasen de sus tumbas y templos funerarios, lo que fue desarrollando un grupo social, los sacerdotes de alto rango, improductivo económicamente, pero con un prestigio social creciente.

En evidente contraste con esta política hacia los muertos, la liberalidad de los reyes de la IV dinastía hacia los templos de dioses locales no pasaba de los regalos puntuales, sin ninguna obligación posterior.

La influencia social de los sacerdotes de Heliópolis —cuyo dios era Re, el sol— fue en esta época fundamental. Ellos desarrollaron la concepción teocrática de la realeza que pervivió en Egipto hasta la dominacion romana: el rey es un dios sobre la Tierra y como tal hay que adorarlo. Toda la sociedad se vio afectada por su idea solar del Más Allá que imponía la construcción de grandiosos monumentos funerarios para el rey, cuyo elemento más significativo es la pirámide, la tumba propiamente dicha, que representa de modo simbólico los rayos del sol cayendo sobre la tierra.

A partir de la V dinastía, la influencia de este clero es tan grande que los recursos económicos del país no se dedican ya a las construcciones funerarias del rey sino a los templos solares de Re, dos de los cuales han llegado hasta nosotros y son los más antiguos templos de la civilización egipcia conservados (excepto los adosados a las pirámides y los escasos restos prehistóricos). La visión del pueblo de este evidente dominio sacerdotal nos ha llegado en una fábula popular que hace de los tres primeros reyes de esta dinastía los hijos del mismo dios Re y de la esposa de un gran sacerdote de Heliópolis. Aunque históricamente no sea cierto, con esta dinastía aparece el título de *hijo de Re* en el nombre oficial del rey, lo que confirma la situación de éste bajo la protección absoluta del dios y de su clero.

Las donaciones a tumbas y desde ahora a templos nos son bien conocidas. En Palermo se conserva una inscripción que informa con detalle del rey oferente, el tipo y cantidad de la donación o fundación piadosa, y de su receptor. Los dioses mencionados son siempre los relacionados con cultos estatales, que son los que gozan del favor real: Re, Nejbet y Uadjet (el buitre y la cobra protectores de la corona real), y Hathor, pero no se mencionan divinidades locales. El resto de las ofrendas son para las *almas de Heliópolis* u otras almas de aquellos a los que se ha otorgado un enterramiento ritual en la necrópolis real. El clero heliopolitano de Re quedaba como administrador de las donaciones hechas a su dios y a las *almas de Heliópolis,* lo que aumentó aún más su poder al disponer desde ese momento de una importante base económica que sustentaba su influencia religioso-social.

Pero no son sólo los sacerdotes de Re los que van a destacarse del resto de la sociedad. En el templo de Abidos se ha encontrado un decreto de Neferirkare por el que todos los *servidores del dios* del distrito quedaban exentos de la obligación de la corvea (trabajo obligatorio para el Estado). El decreto beneficia por tanto no a un culto sino a un grupo social. Podríamos decir incluso *a un grupo profesional,* pues desde ese momento estos hombres se pueden dedicar a la realización de actividades religiosas y al mantenimiento del templo, libres de otras cargas. Se trata de una medida de claro significado social, pues sólo una parte del personal del templo, los *servidores,* se benefician del edicto. El clero alto consigue así, para su provecho, una evidente libertad respecto al poder real, muy superior al del resto de los egipcios. La base legal sobre la que obtuvieron su *status* privilegiado no era la de la celebración de ceremonias religiosas, sino la de la tenencia de las tierras que las divinidades habían recibido de la corona.

La independencia de los templos frente al poder central se acentuó durante la VI dinastía. El centralismo que había caracterizado la administración egipcia durante las anteriores dinastías perdió terreno frente al creciente poder de la nobleza provincial, que organizó sus propios centros administrativos. Esta tendencia ayudó a la resurrección de los cultos locales como símbolos del nuevo mapa político-social. El rey, que había perdido el poder que se iban repartiendo las noblezas provinciales, se vio obligado, contradictoriamente, a otorgar mayores privilegios a los templos que, a cambio, respetaban y sostenían su figura política. Los numerosos decretos de exención de corvea incluyen en estos momentos a todo el personal del templo, incluso a los simples artesanos.

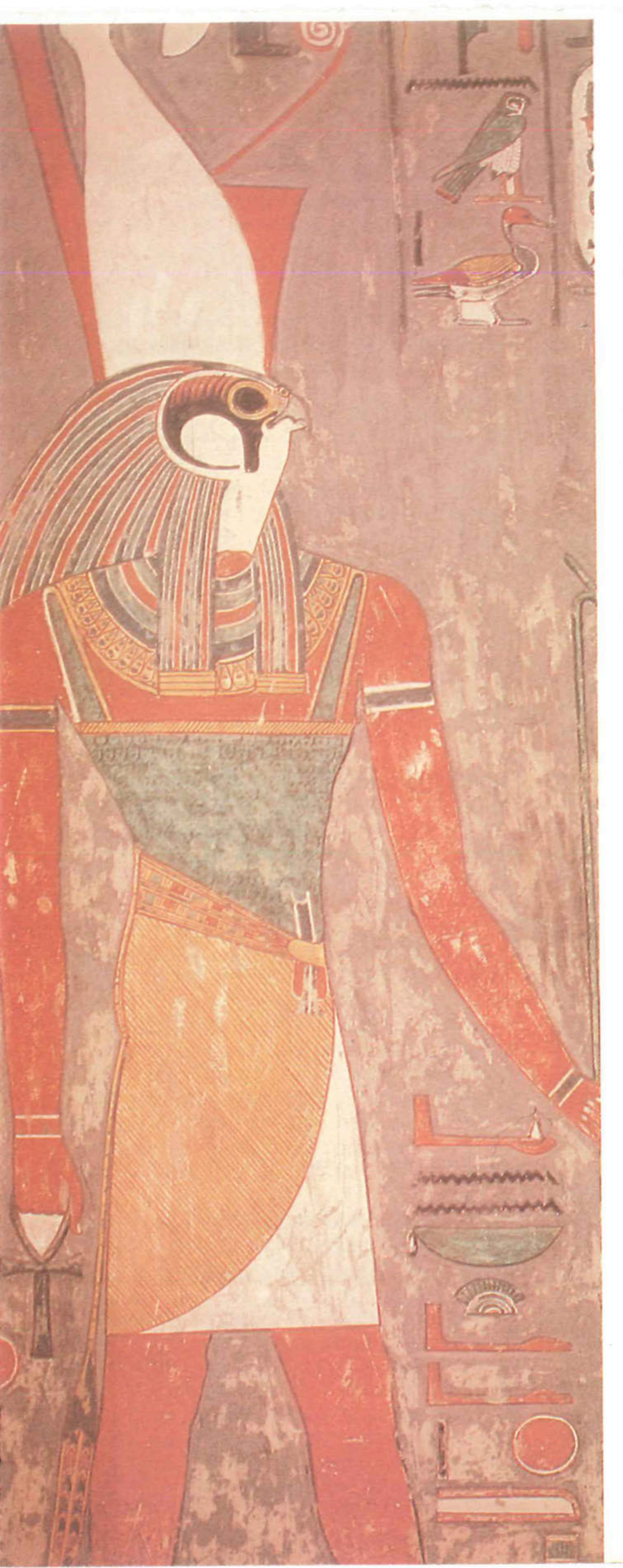
Los templos se convirtieron así en los nuevos centros económicos regionales. Para mantener el nuevo prestigio social de su sacerdocio y conservarlo leal a la corona en un período de creciente tensión social, el rey se vio obligado a repartir entre ellos las tierras reales que no habían sido ya destinadas a asegurar los cultos funerarios de los reyes y nobles anteriores.

Pero la medida no consiguió sus objetivos, pues, aunque no de forma absoluta, el título de *gran sacerdote* terminaba en manos de los jefes provinciales. De este modo los templos locales eran independientes de la autoridad del Estado a fines del Imperio Antiguo, acelerando su declive. Estaban preparados, si la eventualidad se presentaba, a tomar ciertas funciones administrativas que en principio estaban reservadas al rey, y esto es lo que hicieron en el período de desaparición del poder monárquico central que conocemos como el Primer Período Intermedio.

Los papiros de Abusir

Antes de comentar este importante descubrimiento, hay que explicar brevemente los complejos funerarios reales del Imperio Antiguo. El elemento más conocido es la pirámide, que es la tumba. Adosado a ella había un templo en el que se celebraba a diario el culto del difunto real. Ambos estaban sobre la meseta que bordea el valle del Nilo, ya dentro del desierto. Junto al río había otro edificio, el templo bajo o templo del valle, que tenía funciones administrativas en relación con el culto, servía de desembarcadero y era el archivo de los documentos de contabilidad. Uno y otro templo estaban unidos por una calzada que en ocasiones estaba cubierta en todo su recorrido.

Los célebres papiros de Abusir aparecieron en el templo del complejo funerario de Neferirkaré-Kakai. Cuando este rey murió sólo su pirámide estaba acabada, el templo alto no sobrepasaba 1 metro de altura. Su sucesor se apropió de su templo del valle, e hizo terminar con adobes el santuario incompleto, al que se dio también la función de archivo. Esta circunstancia es la que ha salvado estos papiros para nosotros, pues los templos del valle de las otras pirámides han sido invadidos por las riadas del Nilo, y sus papiros destruidos. Como además este templo fue termina-



do con simple adobe, los buscadores de piedras talladas no lo han excavado para llevarse sus sillares a los edificios en construcción, que es lo que ha destruido gran parte de los monumentos del Egipto antiguo.

Exceptuados los papiros de Gebelein, anteriores a los de Abusir pero que aún no han sido publicados por la dificultad de su estudio, éstos son los más antiguos papiros egipcios conservados y publicados.

Un primer acercamiento a ellos es descorazonador, pues están muy destruidos y los fragmentos no incluyen más que listas de números y de cargos con números, que se extienden a lo largo de doscientos años a partir del enterramiento del rey. Por comparación entre sí, se ha determinado que todos los fragmentos pertenecen a tres series de documentos, cuyo modelo se estableció cuando empezó a funcionar el templo y que se ha mantenido sin variación durante todos esos años:

— las listas de totales de los ingresos mensuales

— las contabilidades diarias

— los cuadros de personal con los servicios cumplidos

Prácticamente todos los géneros empleados en las ceremonias se llevan a diario, y en dos veces, una con la ofrenda divina y otra con las carnes sacrificadas. El transporte se hacía por barca y es posible que la misma embarcación haya sido utilizada para los dos viajes, uno después de otro.

Sabemos que Neferirkaré había creado varios dominios agrícolas para el mantenimiento de su culto funerario, pues se citan en las tumbas de particulares que aprovisionaban en ellos sus altares; además, los nombres de esas fincas son los mismos de algunos de los empleados del templo, como si al haber nacido en ellas estuvieran predestinados al mantenimiento del culto

---

Dios Horus, portando las coronas del Alto y Bajo Egipto (tumba de Horemheb, Valle de los Reyes, XVIII dinastía). Derecha: *procesión sacerdotal con ofrendas (Templo de Abidós, época de Ramsés II, XIX Dinastía)*

real. Sin embargo, la sorpresa es que no se mencionan como expeditores de los productos más que el templo solar del rey difunto y la residencia del rey en funciones.

Este itinerario complicado de los víveres, que habríamos visto más lógico si fuese de los campos productores al templo, es el hecho de una voluntad evidente de centralización. El producto de todos los dominios funerarios es enviado al palacio real, que se encarga de repartirlo tal y como estaba previsto en las actas de fundación, pero después de que la residencia real hubiera controlado su paso. Esta administración necesita un verdadero ejército de escribas que registraban en cada etapa entradas y salidas. Además era necesaria una organización excepcional de los graneros y de los lugares de almacenamiento, un etiquetaje cuidadoso de los envases y una flotilla de barcos de carga, pues las transferencias se hacían por vía fluvial.

Sin tener en cuenta las fiestas y los repartos excepcionales, este templo consumía un mínimo de 600 aves por mes (no sabemos si patos, ocas o palomas), lo que hace cerca de 8.000 por año, y las mejores partes de un buey por día, es decir, 365 bueyes por año, sin contar los extras: un gran rebaño era sacrificado por año. Además, pan y cerveza, de los que desconocemos el verdadero total, pues depende del tamaño de la pieza de pan y de la vasija que contenía la cerveza diaria.

Estas ofrendas servían para nutrir a todos los empleados del templo y sus familias en concepto de salario: los sacerdotes de servicio permanente y los que trabajaban en él por turno, que eran una treintena, y los auxiliares de todo tipo: artesanos, cocineros, etcétera. Y además también para los sacerdotes funerarios de las mastabas asociadas a esta pirámide y sus familiares, cuando el ritual funerario diario hubiese terminado.

Así pues, estos archivos demuestran que las necrópolis eran lugares de intensa actividad, perfectamente orquestada con la vida cotidiana de los egipcios, no sólo por los sacerdotes y empleados de pirámides y mastabas, sino también por el gran número de funcionarios unidos a los templos funerarios reales por lazos personales.

El Imperio Medio: la edad del equilibrio

La insuficiencia de las investigaciones egiptológicas respecto al Imperio Medio afecta muy especialmente a su evolución religiosa. Sin las numerosas fuentes del Imperio Nuevo ni las grandiosas construcciones funerarias del Imperio Antiguo, nos encontramos casi sin referencias al abordar este período. Y no es precisamente porque sea una época de poca importancia, más bien lo contrario, pero la falta de documentación nos obliga a quedarnos en el nivel de la hipótesis para buena parte de su historia.

El origen de sus reyes es tebano. Una familia de esta nobleza provincial consiguió imponer su dominio militar a todo el valle del Nilo. Cuando, ya señores del país, se trasladaron a la antigua capital, Menfis, se llevaron consigo sus dioses, que alcanzaron rango nacional, aunque sus santuarios centrales siguieron en Tebas. Pero conscientes de su situación, es-

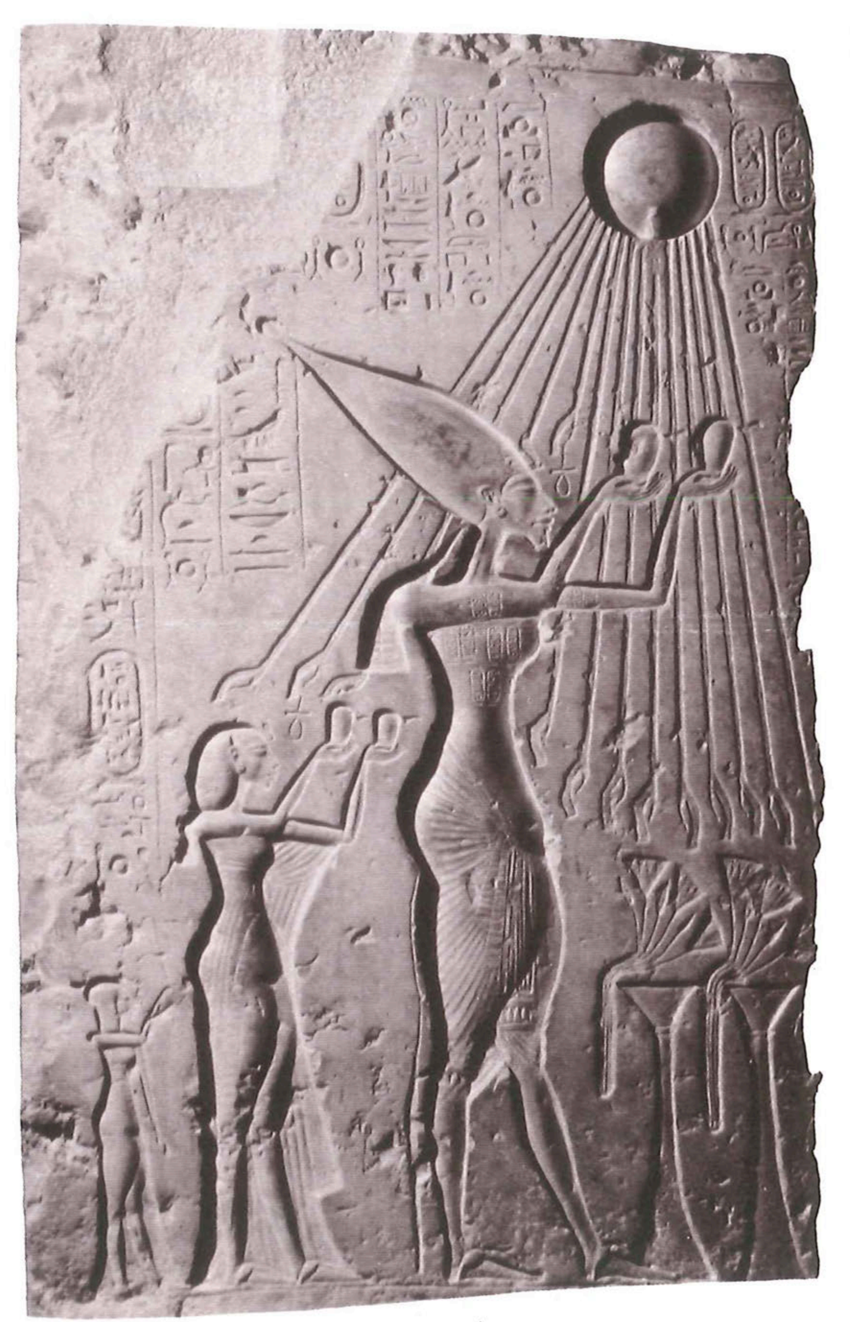


tos reyes supieron llegar a un compromiso. Su dios Amón es el mejor ejemplo de esta política, el reflejo teológico de su determinación por superar todas las divergencias y llegar a una nueva unidad nacional. Su mismo nombre significa *el Culto,* y por tanto sin forma conocida, lo que le permitió adoptar los símbolos de otros dioses: la imagen itifálica (3) del Min, la doble corona de Montu. E incluso, desde sus primeras menciones se le denomina ya a menudo Amón-Re, integrando al dios de los reyes anteriores y su teología solar. El mismo Amón es así un embajador de la reconciliación.

Esta sabiduría política se demuestra en sus construcciones funerarias. Sus primeros reyes siguieron la costumbre de enterrarse en Tebas, como Mentuhotep I, cuyo monumento en Deir el-Bahari es uno de los edificios más originales de la civilización egipcia. Con el cambio de capital, y para contentar al clero heliopolitano, sus sucesores adoptan de nuevo la pirámide como modelo de su tumba. Pero con gran realismo político sus pirámides son de ladrillo, lo que evita que se conviertan en un lastre para el Estado como en épocas anteriores: religión y economía quedan así equilibradas.

Esa fue la principal característica de esta dinastía: el equilibrio. En ningún otro momento de la historia egipcia el rey consiguió mantenerse tan equitativo con todos los cultos. Imaginamos que tuvo que sostener una verdadera lucha frente a los distintos cleros para que ninguno destacase de los demás. Aunque Menfis y Tebas fueran los polos de la vida política, comercial y religiosa del reino, los templos provinciales conservaron gran parte de los privilegios que consiguieron durante la VI dinastía, manteniéndose como factores influyentes de la economía regional, pero sin desestabilizarla.

La tendencia que habíamos visto de acumular en el gobernador provincial el doble papel de encargado del templo local y de los asuntos civiles se



Akhnatón, con su esposa Nefertiti y una de sus hijas, haciendo ofrendas al dios Atón, simbolizado en el disco solar. (Relieve en piedra, XVIII dinastía, Museo de El Cairo)

generaliza durante el Imperio Medio. Pero no se trata, como algunos historiadores han interpretado, de que el país esté gobernado por los sacerdotes: ningún individuo de posición destacada y poder civil tiene títulos de carácter religioso de verdadera importancia.

En esta época Osiris, un dios de la vegetación de reciente aparición se eleva a jefe supremo de las creencias funerarias. Es el único dios universalmente reconocido por todos los egipcios, divididos en cambio por sus creencias en sus dioses locales. Lo sorprendente es que su clero se haya contentado con el papel eminente que la creencia popular prestaba a Osiris y no haya tenido ambiciones políticas. Pero al mismo tiempo esta moderación ha permitido la supervivencia de este clero y de este dios hasta época romana; le ha evitado correr la suerte de los cultos que, demasiado implicados en la política de una dinastía, no sobrevivieron a la caída de ésta, como fue el caso, ya lo hemos visto, del clero heliopolitano de Re, y después del de Amón.

El Imperio Nuevo y la Epoca Postimperial: el clero de Amón

El Imperio Nuevo, la época del imperialismo egipcio, fue un momento de fuerte centralización administrativa y gran estabilidad del país. De hecho, la extraordinaria expansión militar no habría sido posible sin esta política interna, que a su vez se veía favorecida por los grandes ingresos provenientes de los botines de guerra y los tributos anuales de los pueblos sometidos.

Aunque el rey siga siendo el responsable de todos los cultos, aparece el título de *Jefe de los servidores del dios del Alto y del Bajo Egipto,* que era una especie de ministro de la religión. En un principio correspondía al visir, lo que afirmaba una vez más la soberanía de la administración central y del rey sobre todas las manifestaciones humanas de la religión. Esta política es clara heredera de la del Imperio Medio. Pero pronto los sacerdotes de Amón consiguieron obtenerlo para el primero de sus profetas, lo que supuso una consagración del papel predominante de su dios en el Estado y de su clero en la vida política.

Es posible que inicialmente no fuesen éstas sus pretensiones, y que fuese la ambición personal de un gran sacerdote y su grupo dentro del templo los que, aprovechando un momento de debilidad pasajera de la autoridad real, dieron el salto necesario. Los acontecimientos hablan por sí solos: la nueva dinastía —la XVIII— era tebana, y en cuestiones delicadas pedía opinión al dios por medio de oráculos. Estos consistían en que las procesiones de días festivos en que la estatua salía del templo, un sacerdote exponía ante la imagen del dios el asunto en cuestión. Si el dios lo aprobaba, *una fuerza sobrehumana* empujaba a los portadores de la barca profesional hacia adelante, obligándolos a continuar la marcha; si el dios lo denegaba, el peso de la imagen se hacía tan grande que los portadores no podían moverse del sitio. Naturalmente esto era sólo una comedia, pues los portadores se movían o no según la orden que hubieran recibido con anterioridad.

Durante los problemas por la sucesión de Tutmosis I, Hatshepsut se apoyó en estas estratagemas del oráculo para obligar a su esposo, Tutmosis II, a aceptar como corregente y heredero a uno de sus propios hijos con una esposa inferior, el futuro Tutmosis III. Este a su vez estaba encabezado por el grupo de altos sacerdotes de Karnak, que pensaban ganar poder sosteniendo en sus pretensiones reales a una mujer. Así fue. El gran sacerdote Hapuseneb obtuvo el título de *Jefe de los servidores del dios del Alto y del Bajo Egipto,* y después el de visir, uniendo en sus manos el poder político y el religioso. Los bienes de Amón dejaron de ser dirigidos por un administrador laico, sobre el que el rey podía tener cierto dominio, y pasaron a las manos del gran sacerdote, quien de este modo podía disponer de considerables riquezas. Tutmosis III, a la muerte de Hatshepsut, siguió sus pasos llevando al pontificado máximo a uno de sus compañeros de infancia en Karnak, Menkheperré-senab, dando así continuidad a una política que llevó en el curso de pocos años a un enfrentamiento del clero de Amón con el faraón.

La oposición al excesivo poder temporal de los grandes sacerdotes de Karnak fue la causa política de la revolución religiosa de Akhenaton. El traslado de la capital a Tell el-Amarna se debe a su deseo de alejarse de su influencia asfixiante. Pero el clero de Amón estaba demasiado bien injertado en todo el tejido social para que esta teología que no había sabido conquistarse a ningún egipcio pudiese triunfar. Las clases altas se mostraban recelosas, pues implicaba un cambio político que temían, y el pueblo estaba muy apegado a sus dioses locales, y no lo cambiaron por esta divinidad demasiado lejana.

Cuando se produjo la reconciliación con Amón los reyes supieron separar claramente

política y religión, no otorgando nunca el título de visir a los grandes sacerdotes de Karnak. La situación se mantuvo así hasta la muerte de Ramsés II, a pesar de la presión política que ejercían a través de su gran peso social: gracias a su parte de los botines de guerra y tributos el templo de Karnak era el mayor poseedor del valle del Nilo, y sus riquezas ya no podían ser controladas por el faraón, pues el Primer Profeta había conservado el derecho a administrarlas.

Pérdida de autoridad

Lamentablemente desde Ramsés III los faraones perdieron la autoridad necesaria para oponerse a la creciente ambición de este hombre. La función de gran profeta de Amón se volvió hereditaria, y desde entonces puede decirse que Egipto estuvo gobernado por dos dinastías paralelas: la del rey y la del gran sacerdote. Esta última, acostumbrada a hacer reyes a través del oráculo de Amón y a sostenerlos, no tenía verdaderos obstáculos que le impidiesen revestirse ella misma con la función real. Una primera tentativa fracasó: el gran sacerdote Amenhotep, demasiado ambicioso, fue destituido por Ramsés XI, único acto vigoroso de toda una dinastía (la XX), que había sido incapaz de frenar la decadencia económica del país provocada por la pérdida de las posesiones de Siria y Palestina.

Unos años más tarde, un militar, Herihor, toma el título de *Primer profeta de Amón* y se lanza a la conquista del poder apoyado en su ejército y en el clero tebano. El rey tiene que consentir en el reparto, pero progresivamente el soberano oficial desaparece, y su nombre no volvió a ser utilizado en Tebas, mientras que el de Herihor acabó siendo rodeado por el cartucho real (4). Con él se inicia una nueva época de precario equilibrio de poder que se ha denominado Tercer Período Intermedio, o Epoca Postimperial.

Aunque el Imperio Nuevo es el momento que más documentación ha dejado, y por tanto el que mejor conocemos de la historia del Antiguo Egipto, la importancia del clero de Amón ha atraído hacia sí a los historiadores de tal modo que apenas conocemos la influencia social de los otros cultos.

Al igual que Karnak, los demás templos recibían su parte del botín y de los tributos de las posesiones coloniales. Supervisados por administadores civiles, los templos se convirtieron en los verdaderos activadores de la economía regional aprovechando esos ingresos. No eran por tanto bienes perdidos para el Estado, pues el templo se encargaba de su *redistribución* en nombre del faraón, y el prestigio de ambos iba en paralelo. Toda la disputa arriba mencionada se refería al vértice del poder, pero era de escasa influencia en el funcionamiento económico del resto del país, establecido desde muchos años antes.

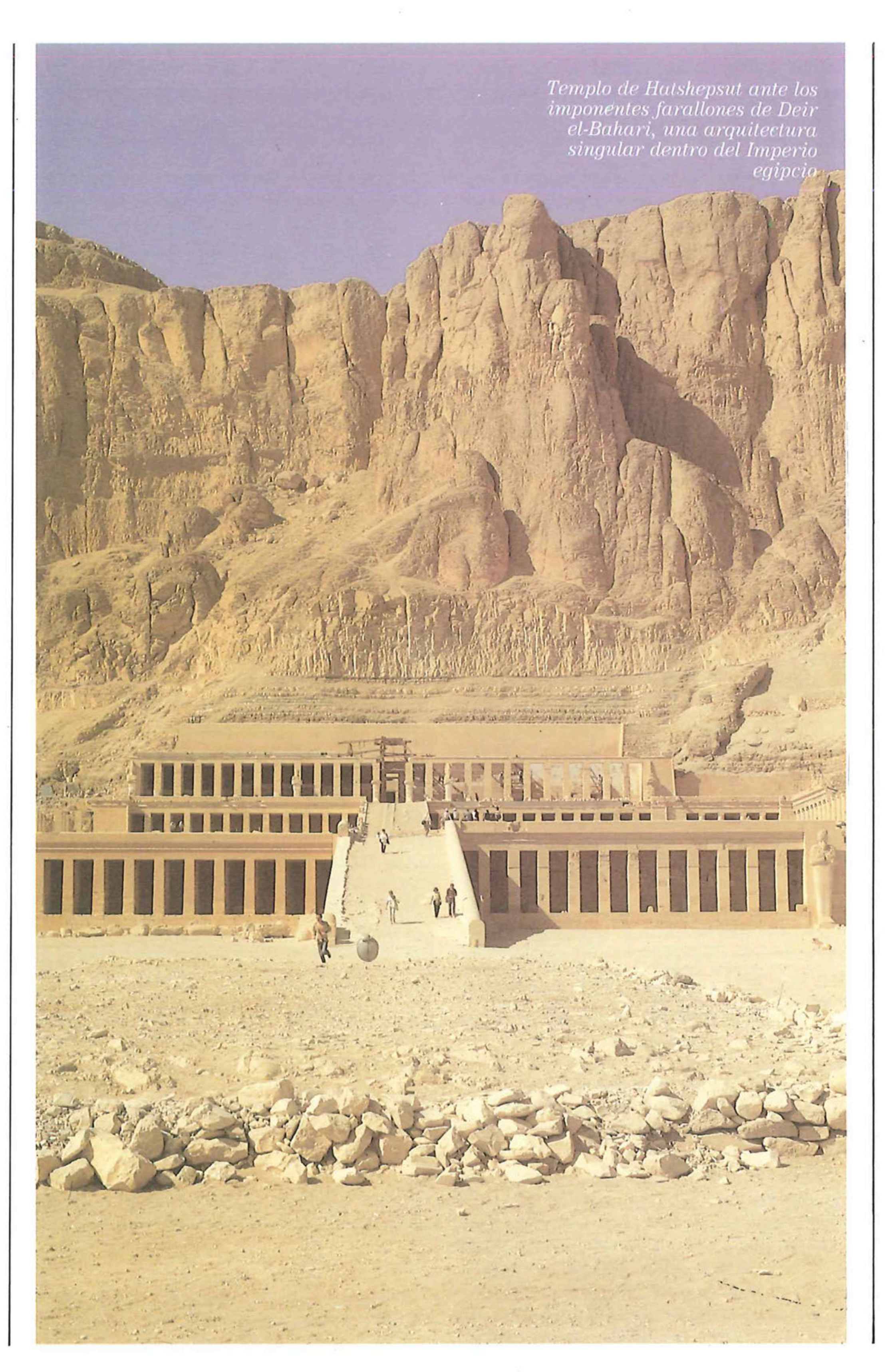
Las tierras de las fundaciones piadosas eran controladas por el Estado y explotadas, o directamente bajo el control de agentes patrimoniales, o bien concedidas a arrendatarios contra el pago de una renta fija. Este modo de explotación cobró mayor desarrollo por la falta de mano de obra, ya desde la XIX dinastía, pues Seti I tomó medidas para que el personal del dominio que había creado en favor de su gran santuario de Abidos no pudiera ser transferida a otro. Numerosos decretos reales siguieron a éste en favor primero de los grandes templos y después incluso de las pequeñas fundaciones. Las penas sobre los que huían o sobre los que retenían personal de otras propiedades eran muy grandes, lo que da una idea del grave problema que suponía para la economía del país. Los soberanos ramésidas intentaron remediar sin éxito la situación con la instalación sistemática de los pueblos vencidos (libios, sirios, filisteos, etc.) en suelo egipcio, no ya sólo en las propiedades de los templos sino también en las del Estado.

Con la decadencia del poder real durante la XX dinastía y los problemas dinásticos del Tercer Período Intermedio la titularidad de estas tierras fue olvidada, convirtiéndose en propiedad privada de los arrendatarios, salvo en el caso de las de los templos, que en general las conservaron gracias a sus archivos y escribas.

Tercer Período Intermedio

La toma del poder por Herihor en Tebas, la muerte de Ramsés XI y la aparición de una nueva dinastía en Tanis con Esmendes marcan el comienzo del Tercer Período Intermedio. Durante más de cuatro siglos (siglos XI-VII a. C.) el país se encontrará en manos de soberanos débiles que compartirán el poder con una serie cada vez más numerosa de dinastías locales casi independientes (Heracleópolis, Hermópolis, y los sacerdotes de Amón, con jurisdicción sobre el Alto Egipto y Nubia).

En la zona dominada por Tebas hay que imaginarse una situación en la que dominaban el dios y el clero en todas las manifesta-



Templo de Hatshepsut ante los imponentes farallones de Deir el-Bahari, una arquitectura singular dentro del Imperio egipcio.

ciones de la vida pública. La forma de gobierno era una teocracia sólo en apariencia: en realidad dominaba el principio de la dictadura militar, cuya fachada religiosa exterior trataba de ocultar la debilidad del gobierno. Sometiendo al ejército y al clero a un mismo hombre se evitó la colisión entre ambos poderes, los únicos efectivos en el país. El tesoro del templo de Karnak contribuyó a cubrir las necesidades de la organización militar, y permitía que los cargos de responsabilidad fueran ocupados por adictos al régimen. El abismo entre dirigentes y pueblo se acentuó así de modo considerable. Ideológicamente, la situación era muy similar en el reino del Norte.

En este tiempo de inseguridad política el oráculo se convirtió en el elemento más adecuado para justificar toda clase de decisiones ante la gran masa. Todo se sometía al dios en procesión: desde nombramientos administrativos a cambios políticos o simples asuntos de vida cotidiana. Ésta mezcla de habilidad profesional y superstición no eran más que una fachada para ocultar la debilidad y el temor a tomar decisiones arriesgadas.

El fracaso político del clero de Amón fue estrepitoso, por lo que los reyes legítimos, los de Tanis, pudieron retomar las riendas, de forma discreta, por medio de una ingeniosa adaptación del cargo de *Divina adoratriz*. Esta reemplazó al *Primer profeta de Amón* en todas sus funciones. Era un simple cambio de persona en la cabeza del Estado, lo que no trastornó su organización administrativa, que había sobrevivido a conflictos peores. Pero a la nueva *Divina adoratriz* se le exigía que permaneciese virgen para Amón por lo que nunca podría dar lugar a la aparición de una dinastía colateral. La sucesión se arreglaba por adopción, siempre de una hija de la familia real, instalada por el faraón reinante. Tebas no perdió ni uno solo de los privilegios de su soberanía ni su territorio, pero sus sacerdotes quedaron en manos de los reyes del Delta. La posterior reunificación del país por los conquistadores nubios de la XXV dinastía y sus sucesores saítas hizo desaparecer el principado tebano como entidad política aunque administrativamente todo siguió igual.

Perdida su fuerza política, el clero de Amón perdió su influencia también en cuestiones teológicas. En adelante serán los santuarios del Delta los que tomarán la primacía teológica. El faraón no tenía nada que temer de ellos, demasiado numerosos y con intereses concurrentes como para hacerle sombra. Favoreció así un nuevo sistema reglamentado de inmunidades reales y de donaciones de tierras particulares. Estas servían para su subsistencia y, al mismo tiempo, para que volvieran a cumplir su función económica regional, que habían perdido en la agitada época anterior, pero siempre bajo el mando del gobernador local.

Todo parece volver así a la normalidad. Incluso los reyes saítas retoman el título oficial de *Jefe de los servidores del dios del Alto y Bajo Egipto,* lo que consagraba el regreso efectivo del poder religioso a manos del faraón.

El Egipto ptolemaico

Tras la muerte de Alejandro Magno, Egipto recuperó por última vez su independencia nacional, con una élite de origen griego que se fue egipcianizando paulatinamente.

En esta sociedad híbrida el clero jugó un papel predominante, económico, social y administrativo, sirviendo de puente entre la clase alta extranjera y el pueblo egipcio. En los primeros momentos de la dinastía, sus conocimientos hacían de ellos los únicos interlocutores posibles con unos gobernantes que incluso comprendían mal la lengua egipcia.

La fiebre constructiva que se había apoderado del país ya en época saíta se acentúa en la macedonia: el nombre de Alejandro y de sus sucesores inmediatos está atestiguado en capillas y salas nuevas de muchos templos egipcios. Y con los reyes ptolemaicos se inicia la construcción de algunos de los templos más espectaculares de la civilización egipcia: Dandara, Edfú, Kom Ombo, Filé.

Es sorprendente que bajo una dominación extranjera se hayan levantado construcciones tan enormes y costosas para el culto indígena. ¿Quién las ha financiado? Los grandes subsidios financieros son contrarios a la política económica de la dinastía ptolemaica, que intentaba reducir incluso los gastos militares esenciales mediante la introducción de las cleruquías (atribuciones de tierras a los militares, que viven de su cultivo y están interesados en su defensa pues son su medio de subsitencia). Por tanto, la iniciativa de la construcción de templos tenía que venir de los sacerdotes mismos. Ellos sometían la proposición al rey,

Faraón ptolemaico, tocado con la corona del bajo Egipto y la corona de Amón, hace ofrenda a Horus y a Hathor (relieve del templo ptolemaico de Kom Ombo)

quien añadía a su aprobación algún tipo de donación como ayuda, pues las conocemos en la mayoría de los templos.

Podemos deducir por el tamaño de las edificaciones, que la economía de los templos era mucho más próspera en estos siglos que en los anteriores.

La riqueza de los santuarios fue, en primer lugar, un beneficio pra el sacerdocio local: las numerosas estatuas que han dejado, su rico mobiliario funerario, y que sean sobre todo ellos los que figuran en las ventas de casas y otras propiedades en estos siglos, nos expresa con claridad su elevada situación social. En la región tebana, donde se ha podido estudiar la genealogía de estos sacerdotes, se ve que eran ellos mismos los que integraban los círculos de escribas de la administración real. En otras palabras, los sacerdotes-escribas unen en sí mismos las ventajas de ambas profesiones, de los que dependían también las notarías y la jurisprudencia.

La presencia tradicional del templo como centro de la vida pública es ahora obsesiva, y todas estas funciones son una fuente de ingresos económicos.

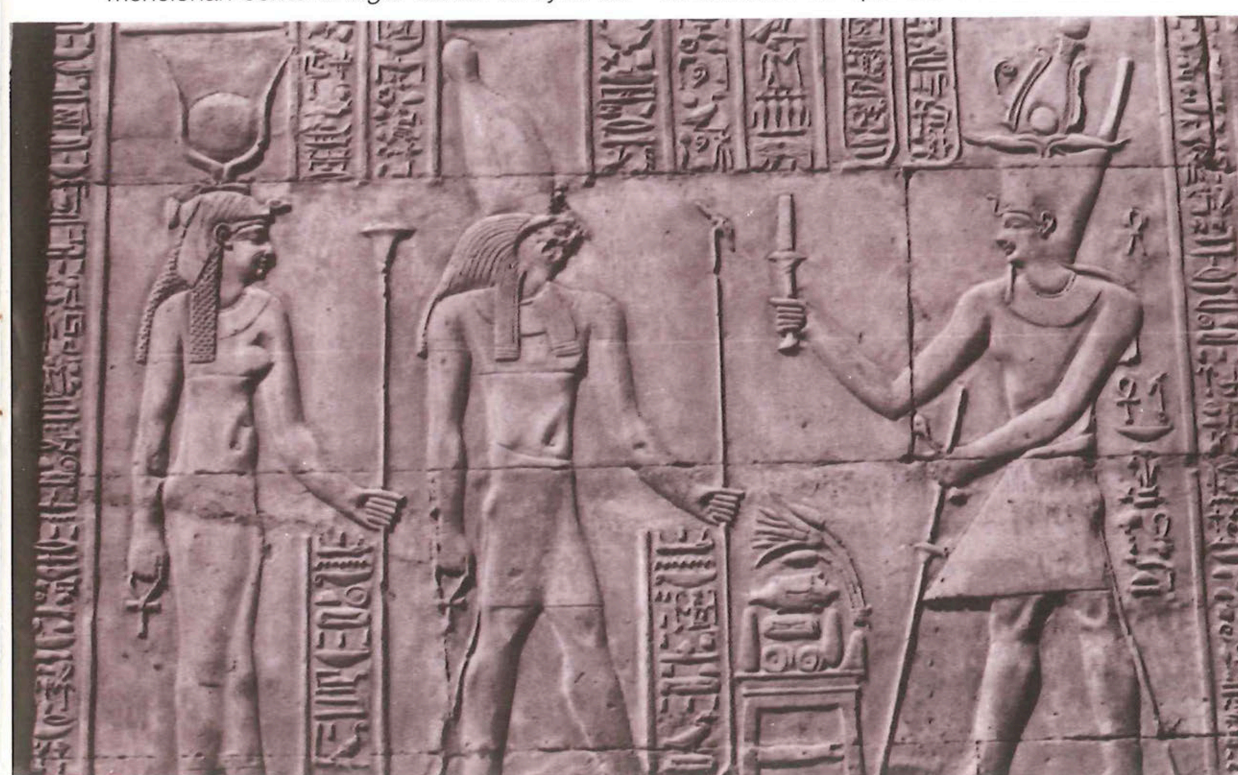
Tenemos muchos testimonios de que, en época tardía, todos los santuarios tenían tribunales de justicia que actuaban junto a los propíleos de entrada. El nombre de los pílonos era *puerta de dar* (hacer) *justicia,* y en Edfú se mencionan como *el lugar donde se oyen las quejas de todos los descontentos con el fin de distinguir la justicia de la iniquidad; la gran plaza donde se protege a los débiles para salvarlos de los poderosos.*

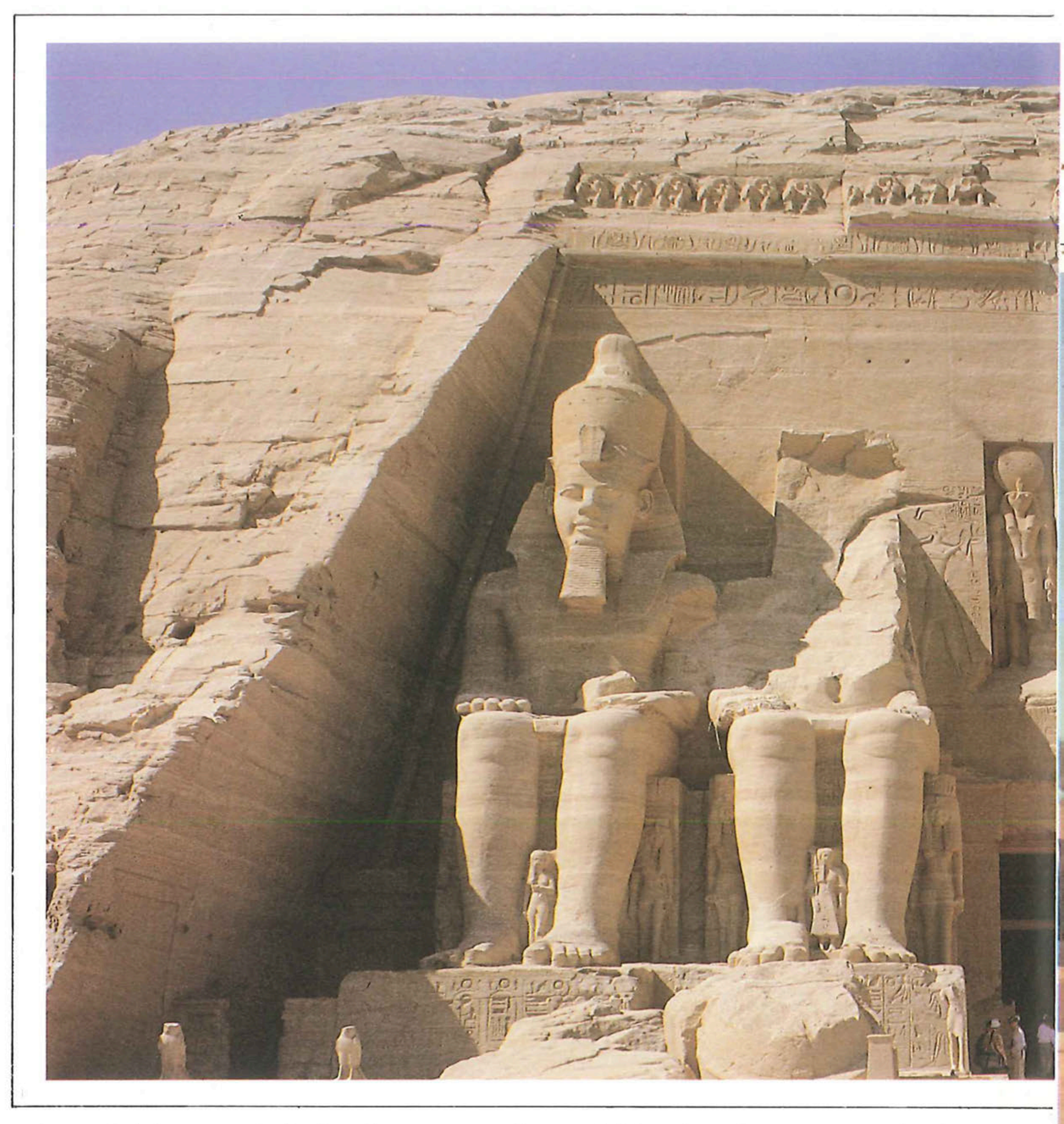
Los talleres de producción de papiros eran monopolio de los templos por privilegio real. En una civilización en la que todo debía constar por escrito, esta fabricación debió producir magníficos ingresos a los templos. Lo mismo puede decirse de los tejidos de lino.

Algunos documentos parecen demostrar que el templo se encargaba también de cobrar los impuestos, arrendándolos al Estado por una cifra inferior al montante total, lo que dejaba al templo un cierto beneficio.

Los funerales suponían en época ptolemaica una inversión considerable, y sin duda uno de los recursos fundamentales de los santuarios. Algunos papiros muestran la venta de una casa como medio de poder pagar el enterramiento del vendedor. Como no se menciona intervención gubernamental alguna, hay que comprender que el clero regía de forma autónoma esta lucrativa empresa.

Además, los templos siguieron poseyendo tierras sagradas que suponían otra fuente de ingresos fijos. Cuando los primeros ptolomeos reorganizaron el país, se incautaron de las tierras sin titularidad clara repartiéndolas en usufructo entre militares y altos cargos. Los dioses también recibieron su parte en el reparto, con la salvedad de que era la dministración real





quien controlaba su producto. Pero los nuevos soberanos se dieron cuenta que la salud de Egipto estaba ligada a la prosperidad de sus templos, por lo que igual que en otras ocasiones, el clero fue poco a poco recibiendo el derecho a cobrar él mismo estos ingresos.

El clero se convirtió durante estos años en el único grupo de origen indígena con claro poder económico y social, y así se matuvo hasta la conquista romana. Con la entrada de estos nuevos invasores, Egipto perdió definitivamente su independencia nacional. Las decisiones se tomaban en Roma con la única finalidad de servir al Imperio; los intereses egipcios quedaban relegados a un segundo plano. La alta sociedad indígena no sobrevivió al cambio político, e incuso los dioses se vieron transformados por los intrusos. Perdida su religión, la civilización egipcia no tardó en perder su originalidad, desapareciendo como tal.

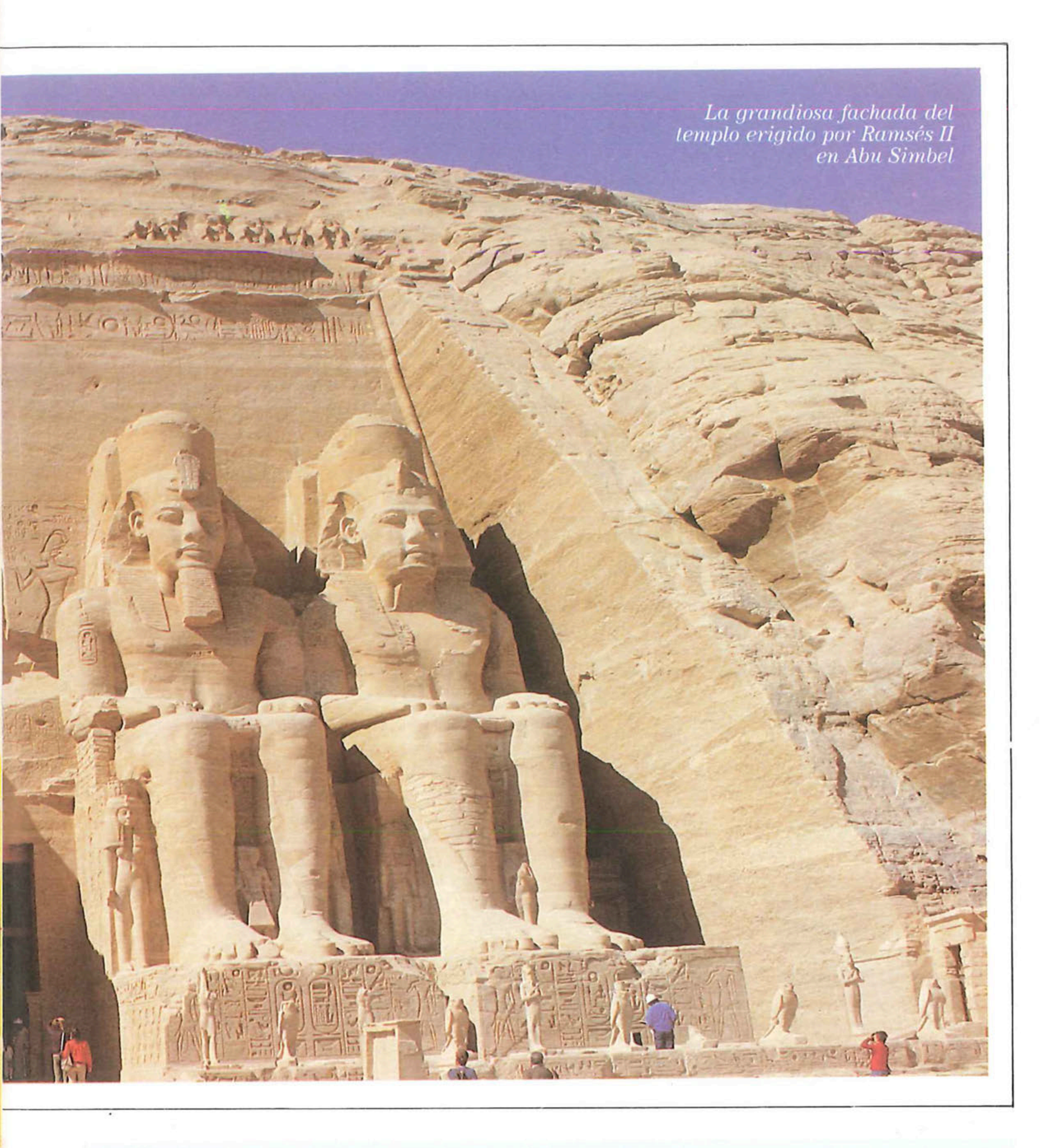
NOTAS

(1) Carbonato sódico.

(2) Instrumento musical de metal, en forma de aro o de herradura y atravesado por varillas.

(3) Representación priápica.

(4) Marco ovalado que en los bajorrelieves rodea el nombre, fecha de nacimiento y signos de cada monarca.



La grandiosa fachada del templo erigido por Ramsés II en Abu Simbel

Bibliografía

Cassin, E., y otros, *Los imperios del antiguo Oriente,* Madrid, 1970. Siglo XXI. Daumas, F., *Les dieux de l'Egypte,* París, 1982. Drioton, E., Vandier, J, *Historia de Egipto,* Buenos Aires, 1977, Eudeba. Frankfort, H., *Reyes y dioses,* Madrid, 1981, Alianza Editorial. Giedion, S., *El presente eterno: Los comienzos de la arquitectura,* Madrid, 1981, Alianza Forma. Lefebvre, G., *Histoire des Grands Prêtres d'Amon de Karnak jusqu'à la XIX dynastie,* París, 1929. Lipinski, E. (editor), *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* Leuven, 1979. Sauneron, S., *Les prêtres de l'ancienne Egypte,* París, 1967. Trigger, B.G., y otros, *Historia del Egipto Antiguo,* Barcelona, 1985, Crítica. Se recomienda también la lectura de las narraciones de los historiadores y geógrafos griegos y latinos, que conocieron la civiliación egipcia en sus últimos momentos: Heródoto, Diodoro, Estrabón, Plutarco, el egipcio Manetón, y otros. Hay traducciones castellanas en Gredos, Ediciones Alma Mater, etcétera.

Cronología

FECHA	HISTORIA POLITICA	HISTORIA RELIGIOSA
Predinástico V y IV milenios *	Neolítico. Confrontación de los nómadas del valle y los sedentarizados del delta.	Totemismo. Dioses locales de forma animal. Veneración de la diosa madre.
PERIODO ARCAICO (DINASTIAS TINITAS)		
c. 3100-2680	Se pasa de un régimen de clanes a una organización monárquica centralizada. Supremacía de Buto, Hieracónpolis y Abidós. **I-II din.** Capital: Tinis. Narmer/Menes, Escorpión, Serpiente, etcétera. Incursiones al Sinaí y a Nubia. Expediciones marítimas a Biblos.	Antropomorfización de las divinidades, que conservan el tabú animal. Personificación de las fuerzas de la naturaleza. Primeros signos de escritura jeroglífica en las paletas cosméticas rituales de Hieracónpolis (paleta de Narmer). Rey encarnación del dios universal Horus. Primeras tumbas reales en forma de banco (mastabas).
IMPERIO ANTIGUO (c. 2680-2180)	Capital: Menfis.	Aparición de teologías y cosmogonías centradas en los dioses locales. Más importantes: la de Menfis (dios Path) y la de Heliópolis (dios sol Re y su manifestación local, Atum).
c. 2680-2613	**III din.** Djeser.	Primeras tumbas piramidales. La pirámide escalonada de Djeser (seis mastabas superpuestas) es el primer gran monumento en piedra de la humanidad.
c. 2613-2494	**IV din.** Snofru, Keops, Kefrén, Micerino.	Necrópolis de Giza. Grandes pirámides. Esfinge.
c. 2494-2345	**V din.** Shuré, Neferirkaré-Kakai, Neuserré, Unas. **VI din.** Pepi I, Pepi II. Debilitamiento del poder real y aumento del de los nobles provinciales (nomarcas). Luchas internas entre ellos.	Templos solares a cielo abierto, con un gran obelisco central unido al conjunto. En las cámaras interiores de sus pequeñas pirámides aparecen (desde Unas) los *Textos de las Pirámides,* el más antiguo corpus de textos religiosos egipcios. Magníficos relieves en las tumbas de los nobles.
PRIMER PERIODO INTERMEDIO (c. 2181-2133)	**VII-X din.** Capital: Heracleópolis, que no domina todo el país. Principados enemigos en el Alto Egipto.	Doctrina del *ba.* Se generaliza la identificación del muerto con Osiris, con centro en el templo de Abidós. Se desarrolla la teoría del juicio a los muertos en el más allá. Los *Textos de las Pirámides,* reservados a los reyes, son tomados por los nobles: *Textos de los Sarcófagos.*

IMPERIO MEDIO (c. 2133-1786)		
c. 2133-1991	**XI din. tebana.** Mentuhotep II termina la reunificación del país. Capital en la región menfita.	Aparición del culto de Amón en Tebas.
c. 1991-1786	**XII din.** Amenemhat, Sesostris. Residencia real en Fayum desde Amenemhat III.	Primer obelisco exento en Heliópolis. Primeros edificios de Karnak. Pirámides de adobes: Licht, Illahun, Hauara. Región de Fayum.
SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO (c.1786-1567)		
	XIII din. Sobekhotep. **XV din.: hicsos.** Nómadas asiáticos con una nueva arma: el carro tirado por caballos. Capital: Avaris (en el delta).	Infiltración de divinidades sirias. Terminan por asimilar la cultura y la religión egipcias.
c. 1650-1567	**XVII din. tebana.** Vencedores de los hicsos. Reunifican el país.	Ultimas tumbas con forma piramidal.
IMPERIO NUEVO (c. 1567-1320)		
c. 1567-1320	**XVIII din.** Egipto se convierte en gran potencia militar. Capital: Tebas. Tutmosis I. Tutmosis II. Hatshepsut. Tutmosis III. Con él se alcanza la mayor extensión territorial del Imperio.	Amón se convierte en dios nacional. Los textos funerarios no se escriben más sobre sarcófagos sino en papiros, más baratos; el pueblo puede comprarlos. Son los conocidos *Libros de los Muertos*.
	Amenhotep III.	Comienza el templo de Luxor. Colosos de Memnón.
	Amenhotep IV = Akhenaton. Traslado de la capital a Tell el-Amarna.	Introduce el culto al disco solar (Atón), que excluye a las demás divinidades. Revolución artística.
	Tutankhamon. Horemheb. Restablece el orden por leyes duras; apoyado por el clero de Amón.	Restaura los cultos locales y condena oficialmente el período amárnico.
1320-1200	**XIX din.** Seti I. Militar competente Ramsés II. Equilibrio de fuerzas en Asia (tratado con el Imperio hitita). Nueva capital en el delta: Pi-Ramsés. Merenptah. Rechaza a los Pueblos del Mar.	Templo funerario en Abidós. Inmortaliza su reinado con grandiosas construcciones religiosas en todo Egipto: Abu Simbel, y sobre todo en Tebas.
1200-1085	**XX din.** Ramsés III rechaza una nueva agresión libia y de los Pueblos del Mar.	Templo funerario en Medinet Habu.

	Débiles sucesores. Grandes conflictos internos. Empobrecimiento del país. Ramsés XI/Herihor.	El poder económico se concentra en manos del grupo sacerdotal.

EPOCA POSTIMPERIAL (TERCER PERIODO INTERMEDIO) (1085-656)

c. 1085-935	**XXI din.** Smendes establece la capital en Tanis (Delta). En Alto Egipto, estado teocrático de Amón.	Los animales pierden su carácter de representación del dios para convertirse en objetos de veneración por sí mismos, sobre todo cocodrilos, toros y gatos.
935-730	**XXII din.,** fundada por los líderes de los mercenarios libios asimilados desde Ramsés III. Capital: Bubastis.	Numerosos sacerdotes de Amón emigran a Nubia, formando un estado teocrático como el tebano. Capital en Napata.
920	Saqueo de Jerusalén con Chechonq I. **XXIII y XXIV din.,** también de origen libio, con capital en Sais.	
c. 750-656	**XXV din.,** *etíope.* Desde Napata, *reconquista* de Egipto por los sucesores de los sacerdotes huidos.	Imponen por la fuerza, pero ya sin prestigio religioso, el dominio de Amón en todo el país.
671	Asiria, desde el noreste, conquista Egipto. Saqueo de Tebas.	

BAJA EPOCA (664-332)

664-525	**XXVI din.,** *saíta.*	Construcción del Serapeum de Saqqarah para el entierro de los toros Apis por Psamético I.
525-404	**XXVII din.** Conquista persa.	
404-343	**XXVIII-XXX din.** Ultimos reyes indígenas. Capitales en el Delta: Sais, Mendes, Sebbennytos.	Tendencia creciente en círculos sacerdotales a la jerarquización absoluta en la religión y a la especulación teológica de difícil comprensión. Contracorriente popular: magia, prácticas oscurantistas.
343-332	**XXXI din.** Segunda dominación persa.	
332	Conquista de Egipto por Alejandro Magno.	

EPOCA PTOLEMAICA (332-30)

	Fundación de Alejandría, que será la capital de Egipto hasta la invasión islámica.	Introducción del dios híbrido greco-egipcio Serapis. El culto de Isis se extiende por todo el mundo helenístico. Templo de Jnum en Esna. Templo de Horus en Edfú. Templo de Hathor en Dandara. Templo doble de Sobek y Haroeris en Kom Ombo.
31	Batalla de Actium. Derrota de Marco Antonio y Cleopatra.	
30	Suicidio de Cleopatra. Egipto entra a formar parte del Imperio romano.	

* Todas las fechas son antes de Cristo.

Arriba, *Amenofis I nutriéndose de la Vaca Sagrada (Museo de El Cairo)*. Abajo, *el dios protector de los muertos, Anubis, cuida de la momia de Senedjem (Tumba de Senedjem, Deir el Medina)*

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 14.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.

Nuevo Polo Coupé.

Inspirado en tu mundo.

Volkswagen lanza a tu mundo el Polo Coupé. Un coche proyectado en tu generación. Exclusivo y dinámico. Con estilo propio. Fíjate en su diseño. Unico en su clase. Es todo un coupé deportivo muy en línea con tu carácter.

No tienes más que ponerlo a prueba. El Coupé es capaz de ir pisando fuerte sin perder las formas.

Tienes versiones hasta de 75 CV para alcanzar, en segundos, 170 Kms. por hora. Y hablando de fiabilidad es un auténtico Volkswagen.

Seguro, sin averías, sin consumos elevados...

Si te gusta por fuera, te fascinará por dentro. Diseñado a lo grande. Con asientos deportivos y todo tipo de detalles.

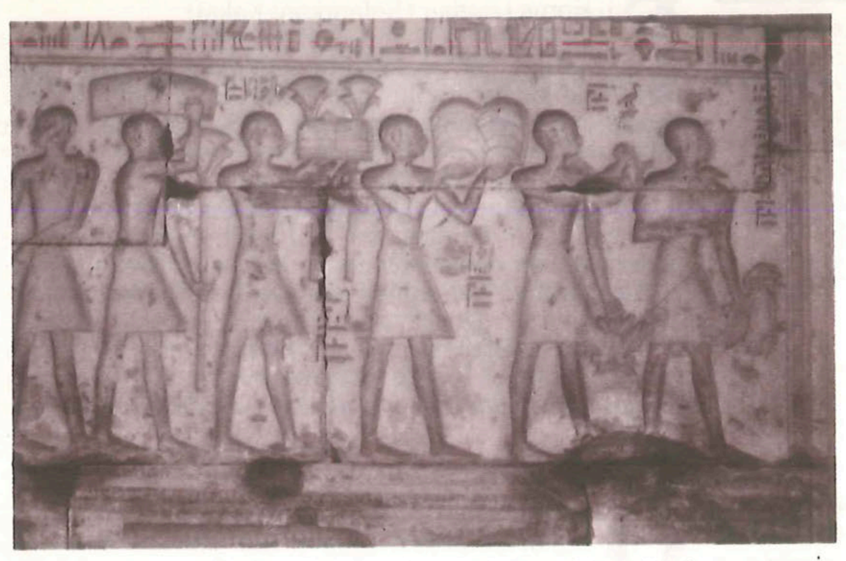
Se nota que es de buena familia. El Polo Coupé sabrá estar a tu altura en cualquier circunstancia. Lógico. Es como tú. Está inspirado en tu mundo.



VERSIONES POLO COUPE: 1.3 GT (75 CV), 1.3 GT (55 CV), 1.3 CL (55 CV), 1.0 FOX (45 CV).

Desde 1.046.594 ptas. con IVA y transporte incluido. En su concesionario Volkswagen/Audi.

TANDEM DDB NEEDHAM CAMPMANY GUASCH



Procesión sacerdotal en el templo de Ramsés II en Abidós

Los sacerdotes egipcios

Textos

CUADERNOS historia 16

La carta de inmunidad a los sacerdotes más antigua conocida de la civilización egipcia

EL Horus Userjau (Neferirkaré-Kakai).

Decreto real (para) el jefe de los sacerdotes Hem-ur. No permito que un hombre cualquiera tenga el poder de tomar alguno de los sacerdotes que están en el nomo (provincia) donde tú estás para cualquier corvea del nomo en añadidura al servicio personal para el dios en el templo donde éste está, y al buen mantenimiento de los templos, por los sacerdotes que están en ellos (...).

Todo hombre del nomo que tome sacerdotes de los que están (en) el campo del dios, del cual están encargados, en este nomo, para cualquier corvea del nomo, debes enviarlo a la casa de la agricultura (granja) del templo (para que sea) colocado en (cualquier corvea) de este servicio de labranza del templo (...).

Sellado en presencia de mí mismo, el rey, el 11.° mes de la estación shemu, el 10.° día. *(Decreto real de Neferirkaré-Kakai, tercer rey de la V dinastía, encontrado en el templo de Jentamentyu, en Abidós.)*

Texto habitual de las ofrendas funerarias a los dioses

OFRENDA que el rey da a Osiris, señor de Busiris, el gran dios señor de Abidós (que él de) ofrendas funerarias de pan y cerveza, bueyes y aves, alabastro y telas, y todas las cosas buenas y puras de las que viven los dioses, para el espíritu del bienaventurado (nombre del difunto), justificado.

Algunas inscripciones dan una ofrenda mucho más amplia: «(...) telas, leche, perfumes, oblaciones, todas las legumbres, todas las cosas buenas y puras, respirar los efluvios de la mirra y el incienso, y beber el agua de la ribera, para el espíritu (...)».

Acta de construcción del templo de Heliópolis

AÑO tres, tercer mes de la inundación, octavo día, bajo la majestad del rey Jeper-Ka-Re, hijo de Re, Sesostris (I), que viva eternamente y para siempre.

El rey apareció con la doble corona. El se sentó en la sala de audiencia y El tuvo consejo con su séquito, los chambelanes del palacio y los miembros del consejo secreto. El tomó una decisión después de haberlos oído. El deliberó y El los dejó exponer su opinión.

Ved, Mi Majestad piensa en una obra que se recordará en el futuro como algo excelente. Yo erigiré monumentos y levantaré estelas para Horajti, pues él me ha creado, para que lo que él ha hecho, que yo realice lo que él ha ordenado.

Cuando yo haya venido como Horus y que haya tomado mi lugar y establecido las ofrendas para los dioses, entonces realizaré acciones en el dominio de mi padre Atum. Yo velaré para que él sea rico cuando él atienda mi sucesión. Yo proveeré sus altares sobre la tierra. Yo construiré mi residencia en su vecindad. Mi perfección debe dejar recuerdo en su casa, la casa de los obeliscos debe ser mi nombre, el lago de mi monumento. La eternidad, es lo que mi perfección ha creado, y un rey que está citado sobre sus monumentos no será olvidado. Incluso si los que van de paso no saben lo que proyectaba, su nombre será a pesar de todo pronunciado por ellos en los monumentos. Los actos no pueden desaparecer eternamente. Lo que ha sido hecho permanece; buscar es útil, hacer cara a los problemas es eterno.

Así hablaron los chambelanes del rey y respondieron ante su dios: Hu es tu palabra, Sia te penetra. Oh gobernador, puedan tus planes cumplirse cuando el rey aparece con la unión de dos tierras, cuando se tienda la cuerda de medición en su templo. Vale la pena

El dios Ptah protege al faraón Sesostris I, XII dinastía (bajorrelieve procedente de Karnak, Museo de El Cairo)



considerar el día siguiente como algo útil para un período de vida. La masa no puede materializar ningún pensamiento sin un jefe. Tu majestad es en verdad el ojo de cada uno.

Serás grande cuando levantes tu monumento en Heliópolis, la residencia de los dioses, para tu padre, señor del templo, para Atum, el toro de la Enéada. Pueda tu casa ser construida. Será útil para el altar de las ofrendas, producirá buenos servicios a la estatua divina, y será agradable para la estatua por toda la eternidad.

(...) El rey apareció con la diadema de las dos plumas, y todo el pueblo aguardaba tras él. El primer sacerdote-lector y el escriba de la casa divina tiraron de las cuerdas de medición y desanudaron el nudo, y posaron la base para esta casa. Después Su Majestad los hizo apresurarse, mientras que el rey se giraba hacia uno de sus acompañantes y decía: Puesto que los subordinados están unidos y el Alto y el Bajo Egipto forman un solo país, todo irá bien para los ciudadanos sobre la tierra. *(Manuscrito en cuero del 1434 a. C. proveniente de Tebas. Museo de Berlín.)*



El Arpista Ciego (pintura polícroma de la tumba de Amenemhat, XII dinastía)

Escepticismo ante el Más Allá

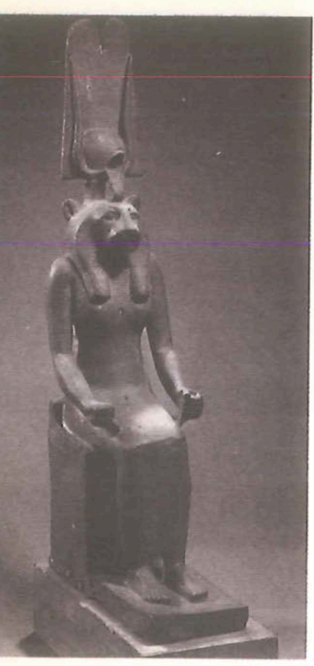
ESTE es el testamento del excelente soberano de destino maravilloso:

Las generaciones se desvanecen y desaparecen,
Otras ocupan su lugar en el tiempo de los ancestros,
Los dioses que vivieron antaño reposan en sus pirámides.
Los nobles y los bienaventurados
Están enterrados en sus tumbas.
Habían construido casas cuyo emplazamiento no existe ya.
¿Qué ha sido también de ellos?
He oído las palabras de Imhotep y de Hardedef
Que se citan en proverbios y han sobrevivido a todo.
¿Qué ha sucedido con sus posesiones? Sus muros se han desplomado,
Sus dignidades han desaparecido como si no hubieran existido nunca.
Ninguno vuelve de allá abajo que nos cuente cuál es su suerte,
Que nos cuente lo que necesitan, y tranquilice nuestro corazón
Hasta que nosotros lleguemos a ese lugar donde ellos ya han llegado.
Que tu corazón, pues, se apacigue. El olvido te es favorable.
Obedece a tu espíritu por tanto tiempo como te sea posible.
Unge tu frente con mirra, vístete con lino fino,
Perfúmate con las maravillas verdaderas que forman parte de la [ofrenda divina.
Aumenta tu contento para que tu corazón no languidezca,
Sigue tu deseo y tu felicidad, colma tu destino sobre la tierra.
No expongas tu corazón a la inquietud
Hasta el día en que te alcance la lamentación fúnebre.
Aquel cuyo corazón está hastiado no oye su grito
Su grito no salva a nadie de la tumba.
Haz, pues, del día una fiesta, y no te sientas harto.
Mira, nadie lleva consigo sus bienes.
Mira, ninguno vuelve de los que se han ido.

(Canto que se encuentra ante el arpista en la tumba del rey Antef, el Justificado.)

Himno de la mañana a Amón

¡DESPIERTATE, apaciguado, despiértate en paz!
¡Despiértate, Amón-Re, Señor del Trono del Doble País, en paz!
que recibe de nuevo la diadema, rey de los dioses,



Sakmet, diosa con cabeza de leona

que levanta el brazo, señor de la corona blanca,
toro de su madre, que está en sus praderas,
que extiende sus pasos en el país del sur.
Los dioses del Occidente te hacen ofrendas,
los dioses del Oriente te veneran,
la Enéada de los dioses del horizonte te adora.
La totalidad te es otorgada sin cese.
El es formidable cuando masacra, grande cuando atemoriza
con su fuerza entre los dioses;
(el dios) del brazo levantado por quien resplandece la doble pluma.
Tú has unido las coronas *medeh* y *afnet (las propias de Amón)*
Tú tiendes los brazos y los dioses se reposan.
Atum, opulento día y noche, cuyo nombre es más oculto que sus [orígenes,
jefe supremo que brilla por sus dos ojos,
Potencia venerable elevado sobre su trono.
Los dioses y los habitantes del horizonte viven del agua que brota [bajo él.
Cuando él sale del interior de su huevo,
los que están en el Mundo Inferior le rinden homenaje.
Es Re, a la cabeza de los vivientes, el que abre con perfección la [boca para los que están en el cielo,
el guía perfecto de los habitantes del Mundo Inferior.
La Enéada cobra vida cuando te ve.
Faraón se ha acercado a ti, su Señor.
Te hace ofrendas. Entona lo que te gusta oír.
¡Hazte felizmente favorable a él en este día!

(Himno de la hoja XVII del papiro de Berlín, 3055.)

Himno a Ptah

¡VAMOS, cantemos para él sus himnos!
¡El dios que ha levantado el cielo
y sigue haciendo navegar su disco sobre el cuerpo de Nut [(diosa cielo);
que lo dirige sobre el cuerpo de Nut en su nombre de Re!
¡Vamos, cantemos para él sus himnos!
¡El, que ha fundido los dioses, los hombres y todos los animales,
que ha creado todos los países, las riberas y el Muy Verde *(el mar)*,
en su nombre de Formador del País!
¡Vamos, cantemos para él sus himnos!
¡El, que ha guiado al Nilo fuera de su caverna,
que hace brotar el árbol frutal, que crea lo necesario de lo que sale [sin cese de él,
en su nombre de Nun venerable!
¡Vamos, cantemos para él sus himnos!
¡El, que ha hecho brotar el Nun del cielo
y hace brotar sin cese el agua de las montañas para hacer vivir a los hombres,
en su nombre de Autor de la Vida!
¡Vamos, cantemos para él sus himnos!
¡El, que ha hecho el Mundo Inferior según su forma correcta,
que dulcifica los ardores de las almas en sus cavernas,
en su nombre de Rey del Doble País —Egipto—!

(Dos estrofas incompletas y de difícil comprensión)

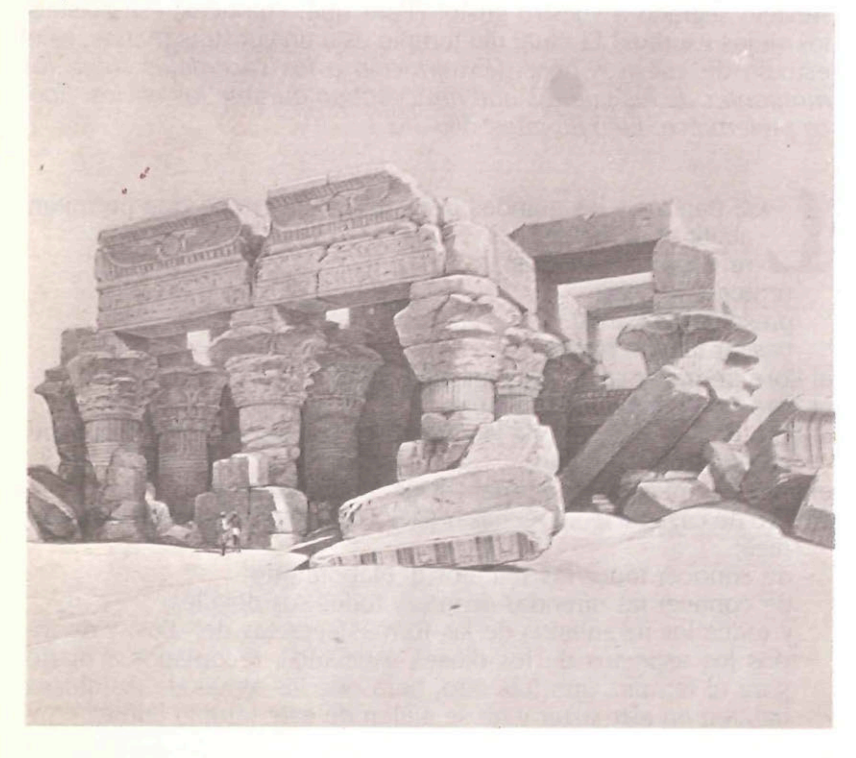
¡Vamos, cantemos para él sus himnos!

Luz del día, león de la noche,
que se ha fecundado a sí mismo en todas sus bellas
[manifestaciones,
en su nombre de Aquel que exhibe sus manifestaciones.
¡Vamos, cantemos para él sus himnos!
Señor de la Verdad, cuya ternura es profunda,
cuya potencia es grande en su Lugar Venerable,
en su nombre de Señor de la Verdad.

(Himno de la hoja VIII del papiro de Berlín, 3048. Imperio Nuevo.)

SUCEDIO, en el año 23, el día 22 de segundo mes del verano, que Su Majestad estaba en Tebas la victoriosa, señora de las ciudades, realizando las ceremonias del culto de su padre Amón-Re, señor de los tronos del Doble País, en su bella fiesta del Harén del Sur —Luxor—, su sede favorita desde el comienzo (del mundo). Sucedió entonces que vinieron a decir a Su Majestad: *Un mensajero del príncipe de Bajtan* —¿un lugar de Palestina?— *ha llegado, trayendo infinidad de regalos para la esposa real.* Entonces fue conducido en presencia de Su Majestad con sus regalos. El dijo, glorificando a Su Majestad: *¡Alabado seas, sol de los Nueve Arcos* (países vencidos)! *Danos la vida que viene de ti.* Después dijo, besando la tierra ante Su Majestad, y hablando aún a Su Majestad: *Vengo a ti, Soberano mi señor, a propósito de Bentresh, la hermana pequeña de la esposa real Neferure: una enfermedad ha entrado en su cuerpo. Que tu Majestad envíe un sabio para verla.* Entonces Su Majestad dijo: *Que me traigan al personal de la Casa de la Vida y a los funcionarios de la corte.* Estos fueron presentados al punto ante El y Su Majestad dijo: *Ved, os he hecho llamar para que oigáis estas palabras: traedme alguien de vuestro medio que sea hábil y que (sepa) escribir con sus dedos.* Entonces el escriba real Dyehutiem-

El faraón como oficiante del culto de Amón



Ruinas del templo ptolemaico de Kom Ombo antes de su reconstrucción (dibujo de David Roberts, realizado el 21 de noviembre de 1838)

heb vino ante Su Majestad, y Su Majestad ordenó que se encaminase a Bajtan con el mensajero. *(Cuento de fines del Imperio Nuevo conservado en una copia tardía sobre la estela del Museo del Louvre, c. 284.)*

Modo de vida exigido a los sacerdotes

¡OH, vosotros, profetas, grandes sacerdotes puros, guardianes del secreto, sacerdotes puros del dios, vosotros, todos los que entráis en presencia de los dioses, oficiantes que estáis en el templo! ¡Oh, vosotros jueces, administradores del dominio, intendentes que estáis en vuestro mes *(de filé)*, volved vuestras miradas hacia esta morada en la que Su Majestad divina os ha puesto! El navega en el cielo, pero ve a los que están en ella, y está contento cuando el orden más exacto reina en ella. No hagáis falsas investiduras; no entréis en el templo en estado de impureza; no pronunciéis mentiras en su hogar; no seáis codiciosos; no aceptéis unos vasos de vino; no hagáis distinción entre el pequeño y el grande; no añadáis peso o medida, sino más bien reducidlos *(en los cobros)* un poco; no trafiquéis con la cantidad de grano; no degradéis lo que impone el ojo de Re. No reveléis lo que veis en las cosas secretas de los templos. No extendáis la mano sobre nada en su medida, y no os arriesguéis a robar sus bienes; guardaos por el contrario de abrigar en vuestro corazón un pensamiento culpable. Vivimos de las provisiones de los dioses, pero se llama provisión a lo que sale del altar después de que la ofrenda divina ha recibido un nuevo destino.

(...) ¡No sostengáis la mentira frente a la verdad invocando al Señor! Vosotros, que sois gente de importancia, no paséis mucho tiempo sin invocarlo cuando estáis descargados de presentarle las ofrendas y de alabarlo en su templo. No frecuentéis el lugar de mujeres, no hagáis allí lo que no debe hacerse; no abráis las jarras en el interior de la morada divina: sólo el Señor bebe en ella. ¡No hagáis el servicio sagrado a vuestro gusto! ¿Para qué, entonces, estudiásteis los viejos escritos? El ritual del templo está en vuestras manos, es el estudio de vuestros hijos. *(Exhortación a los sacerdotes sobre los montantes de las puertas que atravesaban durante los oficios. Epoca ptolemaica. Edfú III, págs. 360-362.)*

Lista de libros sagrados de la biblioteca del templo de Edfú

LOS papiros y los grandes pergaminos de cuero, que permiten
abatir al demonio;
rechazar al cocodrilo;
proteger la hora;
preservar la barca;
pasear la gran barca;
el libro de hacer salir al rey en procesión;
el libro de la dirección del culto;
el libro de la protección de la ciudad, de la casa, de la corona blanca, del trono, del año;
el libro de apaciguar a Sejmet (diosa leona temible);
el libro de cazar al león, rechazar a los cocodrilos, rechazar a los reptiles;
de conocer todos los secretos del laboratorio;
de conocer las ofrendas divinas y todos sus detalles,
y todos los inventarios de las formas secretas del dios, y de todos los aspectos de los dioses asociados, recopiados a diario para el templo, uno tras otro, para que las almas de los dioses habiten en este lugar y no se alejen de este templo jamás;

el libro del inventario del templo;
el libro para la intimidación de los hombres;
el libro de todos los escritos de combate;
el libro de la dirección del templo;
el libro de los servicios que hay que mantener en los templos;
instrucciones para la decoración de una pared;
para la protección del cuerpo;
el libro de la protección mágica del rey en su palacio;
fórmulas para rechazar el mal de ojo;
conocimiento de los regresos periódicos de los dos astros (sol y luna);
guía de los regresos periódicos de los (otros) astros;
enumeración de todos los lugares (sagrados) y conocimiento de todo lo que se encuentra en ellos;
todo ritual relativo a la salida del dios fuera de su templo los días de fiesta.

(Edfú III, págs. 347 y 351.)

Amón, máxima deidad del panteón egipcio

Participación popular en las festividades religiosas

LOS egipcios, asimismo, fueron los primeros seres humanos que celebraron solemnidades religiosas con carácter nacional, procesiones portando imágenes y ofrendas rituales (...).

Pues bien, cuando se trasladan a la ciudad de Bubastis hacen lo siguiente: resulta que hombres y mujeres navegan juntos y, en cada barca, va un gran número de personas de uno y otro sexo; algunas mujeres llevan crótalos y los hacen repicar; algunos hombres, por su parte, tocan la flauta durante todo el trayecto, mientras que el resto de las mujeres y hombres cantan y tocan las palmas. Y cuando, en el curso de su travesía, llegan a la altura de alguna otra ciudad, acercan la barca a tierra y hacen lo siguiente: mientras algunas mujeres siguen haciendo lo que he dicho, otras se burlan a voz en grito de las de la ciudad en cuestión, otras bailan y otras, de pie en la embarcación, se desnudan. Esto es lo que hacen a su paso por todas las ciudades ribereñas. Y cuando llegan a Bubastis, celebran la fiesta ofreciendo grandes sacrificios y se consume más vino de uva en esa fiesta que en todo el resto del año. Y, al decir de los lugareños, sin contar a los niños, entre hombres y mujeres, se reúnen hasta 700.000 personas.



Esto es, en suma, lo que se hace en Bubastis. Por otra parte, ya he dicho anteriormente cómo celebran en la ciudad de Busiris la fiesta en honor de Isis. Pues bien, después del sacrificio, todos los hombres y mujeres, cientos y cientos de personas, se dan golpes en el pecho en señal de duelo *(por la muerte de Osiris)* (...).

Cuando se reúnen en la ciudad de Sais para las celebraciones, en una noche determinada todos encienden al raso muchas lámparas dispuestas en círculo alrededor de sus casas. Esas lámparas son unas páteras llenas de sal y aceite, y en su superficie emerge la mecha propiamente dicha, que arde durante la noche entera. Esta festividad recibe el nombre de *Fiesta de las Luminarias*. Por su parte, los egipcios que no acuden a esa celebración religiosa también observan la noche del sacrificio encendiendo, asimismo, todos ellos sus lámparas; así que no sólo se encienden en Sais, sino en todo Egipto. La explicación de que esa noche goce de iluminación y especial atención, se encuentra en una historia sagrada que sobre el particular se cuenta.

Cuando, en sus romerías, acuden a Heliópolis y Buto sólo llevan a cabo sacrificios, en cambio en Papremis celebran sacrificios y ri-

tos sagrados exactamente igual que en otras partes; y, a la caída de la tarde, mientras unos pocos sacerdotes, alrededor de la imagen, se quedan a su cuidado, la mayoría de ellos, provistos de mazas de madera, se apostan a la entrada del santuario; y, por su parte, otros creyentes, en número superior al millar, que con ello cumplen unos votos a la divinidad, se apiñan a la parte opuesta del santuario, provistos también cada uno de ellos de una estaca (la imagen del dios, que, por cierto, está en una capillita de madera dorada, la han trasladado previamente, durante la víspera, a otro edificio sagrado); pues bien, los escasos sacerdotes que habían quedado al cuidado de la imagen arrastran una carreta de cuatro ruedas que lleva la capilla y la imagen que hay en su interior; entonces los sacerdotes, apostados en propíleos, no les dejan entrar, pero los cofrades acuden en socorro del dios y golpean a los sacerdotes, que repelen la agresión. Se organiza, entonces, una enconada pelea a garrotazos, se rompen unos a otros la cabeza y muchos —me figuro— hasta deben morir a consecuencia de las heridas, si bien los egipcios me aseguraron que no moría nadie. *(Herodoto, «Historia», libro II, 58-63.)*

Dos plañideras (detalle de la decoración de la dama Madha, XVIII dinastía, Museo del Louvre)

